



LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

HISTORIA.

¿EL TÍTULO DON HA SIDO SIEMPRE DISTINTIVO DE NOBLEZA?

Como este tratamiento se ha generalizado tanto y son ya pocos los que se contentan con un *Don* á secas, sino que quieren que preceda al *Don* el de *Señor*, haciéndose llamar *Señor Don Fulano de tal*, vamos á decir algo acerca del origen é historia de este título ó tratamiento.

Es de origen español, derivado de la palabra latina *dominus*, señor; bien que algunos suponen viene de *Don*, *done*, palabra vascongada abreviada que significa *santo*, fundados en que en un principio no se había dado este título sino á los santos, hasta que despues de la invasion de los árabes le dieron los españoles junto con el título de rey á Pelayo.

Covarrubias dice que podría venir de la palabra hebrea *adon*, en latin *dominus*, que de ordinario se pone en plural *adonai* quitada la primera letra.

Otros suponen que Fruela, segundo rey de Leon, fué el que introdujo el *Don* en España; mientras que algunos dicen que no empezó á usarse hasta por los años 1400 en tiempo del rey Don Juan II de Castilla y de Leon, no teniendo entonces este tratamiento sino los primeros personajes.

Gil Gonzalez de Avila, citado por el ilustrado benedictino P. Liciniano Saez, dice que "el título de *Don* solamente se daba á los reyes, infantes, prelados, maestros de órdenes militares y á los grandes señores que entonces se llamaban ricos hombres, y que fuera de estos se daba en premio de señaladas hazañas que se hacian en servicio de Dios y de los reyes, ganando reinos, descubriendo nuevos mundos y poniendo en cadenas reyes bárbaros; que el Rey Católico premió con el título

SETIEMBRE.

de *Don* al conde de Cabra, alcaide de los Donceles, por haber puesto en prision al rey Chico de Granada; que á Colon se lo dieron por haber descubierto el Nuevo Mundo; que en Castilla fueron tan observantes, que mientras no llegaban á ser maestros, dignidades ó ricos hombres, no se aprovechaban de tal título; y que esta es la causa porque unas veces nombra la historia á Ruy Lopez Dábalos sin él, y otras veces con él, y lo mismo á otros grandes señores, y que el que así no era, aunque fuese hermano de maestre, no se alargaba á tal cosa."

Sin embargo, esta opinion es confutada por el P. Liciniano, diciendo: "que ni en los tiempos de Don Enrique, ni de Don Juan, ni en los anteriores y posteriores se halla cosa fija tocante al uso del *Don*, porque desde el siglo VII hasta el XI se estiló mucho dársele á los santos, como se vé en los privilegios y donaciones que empiezan *Domnis Sanctis videlicet atque gloriosis et post Deum nobis fortissimis Patronis*, ó poniendo *Dominis* en lugar de *Domnis*; y en el siglo XIII se le dió el poeta Berceo á Jesucristo:

En el nomne de Dios
Que fizo toda cosa
E de Don *Jesucristo*
Fijo de la gloriosa,
E del Espíritu Santo
Que igual de ellos posa,
De un confesor santo
Quiero fer una prosa.

A los reyes se les daba tambien algunas veces, y otras los de *Gloriosísimos*, *Dominisísimos*, *Firmisísimos*, *Serenisísimos*, *Ilustrisísimos*, etc., y otras no les dan dictado alguno sino: *Ego Ranimirus* vel *Ego Ordonius Reg.*

Con los grandes ó ricos hombres practicaban lo mismo, desnudándoles á veces de los dictados honoríficos y adornándoles otras con

los de *Optimates, Seniores, Magnates, Potestates, Nobiles, Domni ó Domini* y otros."

"A los obispos los daban tambien *Don* á veces, y á veces los titulaban *Seniores, Venerabiles, Venerandi*, y con estos mismos títulos honraban tambien á los abades y con los de *Pater, Pater noster, Pater spiritualis*, y otras no les dan título alguno."

"Escrituras antiguas hay, continúa el P. Liciniano Saez, en que el rey tiene *Don* y la reina no. Muchas que dan *Don* á la reina y se lo callan al rey; algunas en que ni al rey ni reina se le dan y sí á los infantes: otras que no á todos los infantes, sino á algunos de ellos: otras que á las infantas y no á los infantes; otras que no á todas las infantas y sí á una ó dos; muchas que á ninguna persona real y sí al obispo; algunas que á un obispo ó dos y no á los otros: otras que á ningún obispo y sí á los abades ó á alguno de ellos."

"Esta misma variedad se encuentra respecto de los ricos hombres; pues hay escrituras que á ninguno llaman *Don*; en otras escriben con él uno ó dos, y los demás sin dictado alguno. Por último, se hallan escrituras que no dando *Don* al rey, reina, infantes ó infantas, ricos hombres, obispos y abades, se le dan á algun testigo ó confirmante ó al notario que autorizó el instrumento."

Y para mayor comprobacion de que el uso del *Don* no era tan exacto y constante como supone Gil Gonzalez, vemos en las crónicas y archivos que se da á cada paso *Don* á los moros y judíos: *Don Abrahen* y *Don Levi*, no reyes, infantes, prelados, ricos hombres, etc., sino unos pobres carpinteros, sastres, médicos ó arrendadores de los derechos reales, que no habian emprendido otras hazañas ni acabado mas acciones gloriosas que haber puesto en cadenas, no á reyes bárbaros, sino á infelices cristianos que no les satisfacian los empréstitos usurarios ó débitos de alcabalas ú otros pechos que tenían arrendados.

En corroboracion de esto leemos en el poema del Cid que halagando Ruy Diaz á los dos judíos de Burgos les decia:

Ya Don Raquel é Vidal habedesme olvidado, etc.

Y últimamente en la ley 6.^a, lib. 10, tit. 2 del Fuero Juzgo se dice en un mandamiento de ejecucion á un alguacil:

E vos, Don Sayor, non tomedes en de nada, etc.

Así pues, como dice el erudito benedictino citado, nada hay de cierto tocante al uso del *Don* en los tiempos remotos, con lo que deben despreocuparse aquellos que creen que el *Don*

ha sido siempre distintivo peculiar de la nobleza.

Sin embargo, el mismo autor concluye diciendo que en propiedad solo tenían *Don* los duques, condes y marqueses, y se funda en que á estos solamente se le concedian los reyes en los títulos que les despachaban de dichas dignidades, expresando entre las demás prerogativas con que los distinguian, la de que se pudiesen llamar *Don*.

Al expedir en Granada los Reyes Católicos en 30 de abril de 1492, á favor de Cristóbal Colon el título de almirante, visorey y gobernador de las islas y tierra firme que descubriese, etc., pusieron:

E vos podades dende en adelante llamar é intitular Don Cristóbal Colon, etc.

En las pruebas de la historia genealógica de la casa real portuguesa de Sousa, citada por Clemencin, hay una ley de Felipe III del año 1611, declarando las personas que pueden y las que no pueden usar el *Don*, tanto hombres como mujeres. Y en las reglas para la media anata de mercedes establecidas en 5 de julio de 1664, se lee: "Los títulos de *Dones* en 200 rs., y siendo por dos vidas en 400, y siendo perpetuamente en 600, todos de plata, por ser para la corona de Aragon é Italia."

Fuese luego propagando extraordinariamente el uso del *Don*, en justificacion de lo cual pudiéramos recordar varias críticas, y no fué de los que menos cargaron la mano el festivo é inimitable Cervantes. En efecto, viendo el abuso que en su tiempo se hacia de este título, se propuso ridiculizarlo, haciendo que su héroe le tomase, y en el capítulo III de la primera parte del Quijote, despues que aquellas dos mujeres del partido, llamada *la Tolosa* y *la Molinera* hubieron ceñido la espada y calzado las espuelas á Don Quijote, pidiólas encarecidamente se llamaran de allí en adelante *Doña Tolosa* y *Doña Molinera*.

Este abuso, dice Pellicer en una de sus notas al Quijote, refiriéndose á Guardiola, contemporáneo de Cervantes, principió á introducirse en España en tiempo de Enrique IV, continuando en el de los Reyes Católicos; y añade tambien que los judíos eran los que mas afectaban el *Don*; que en su tiempo le usaban la gente baja y hasta las mujeres públicas, especialmente en Andalucía.

Otro autor declaró los inconvenientes de la muchedumbre de estos dones diciendo: "Tambien es causa de haber muchos holgazanes ó muchos fascinerosos la licencia abierta que hay para que cada cual se pueda llamar *Don*, pues apenas se halla ya hijo de oficial mecánico que no aspire por este camino á ennoblecerse, de

que resulta, que impedidos con su falsa nobleza, no se pueden acomodar á oficios ni ocupaciones incompatibles é indignas de quien se llama don: y así este género de gente, sin hacienda para sustentar el *Don* que se puso para venir á servir de paje, y sin oficio para sustentar la persona, es el que emprende enormes delitos; de que se tiene suficiente experiencia en esta corte."

Los reyes franceses de la segunda raza usaron tambien alguna vez el título de *Don*. Onufrio dice que este título se dió primero al papa solamente, luego á los obispos y abades, ó á aquellos que tenian alguna dignidad eclesiástica, ó eran recomendables por su virtud y santidad, y últimamente que le tomaron los simples monjes.

Fundados en lo que algunos autores aseguran como hemos insinuado, que los primeros que se firmaron con *Don* fueron los judíos y gentes de pobre extraccion, siendo por lo mismo entonces un dictado bajo, los cartujos lo tomaron para sí como un tratamiento el mas humilde y ordinario, propio de la última clase de la sociedad, y para sufrir, como dice nuestro cronista Pujades, la afrenta que entonces llevaba consigo el título de *Don*.

Sin embargo, otros afirman y tal vez con mas fundamento, que san Bruno dió el tratamiento de *Don* á sus monjes, para espresar la excelencia del carácter sacerdotal: y que por lo mismo al paso que lo dió á los monjes de coro ó de misa, lo prohibió á los legos.

V. JOAQUIN BASTUS.

Motivos especiales han decidido á la Sra. D^a María del Pilar Sinues de Marco á no continuar la publicacion de las memorias que con el título de *Album de mis recuerdos* se habian venido insertando en este periódico. En su lugar daremos otras producciones de nuestra distinguida colaboradora.

LA POESIA DEL HOGAR DOMESTICO.

¡Mil veces desgraciado
El que al fulgor de tu hermosura ciego,
En su alma inerte y corazon helado
No abriga un rayo de tu augusto fuego!
¿Qué es el mundo sin tí? ¡Templo vacío,
Cielo sin claridad, cadáver frio!

(GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.—*Oda á la poesia.*)

I.

No es la poesia tan solo aquel rayo que ilumina la mente del que hace versos.

La poesia está en el mundo bajo diversas formas, y mora entre nosotros casi siempre sin que nos apercibamos de su presencia.

El hombre, en su instinto egoista, la acoge en su alma pocas veces como no espere sacar de ella algun provecho: en su primera juventud, la pide versos para cantar á la mujer á quien ama; mas tarde la pide dramas que le den dinero.

Mas en esta segunda época, ya no es la poesia quien inspira su pluma; la poesia se esconde avergonzada; pero compasiva y generosa siempre, deja al autor dramático el arte de hacer versos.

Desde el momento en que el hombre quiere vestir á la poesia con el manto de la especulacion, la poesia huye de él.

Porque la poesia debe ser espontánea; es el sentimiento; es la blanca y perfumada flor que brota en el corazon; cuando los rayos del dolor han agostado todas las demás flores del alma, la de la poesia despliega su corola mas hermosa que nunca: las lágrimas son su rocío; la resignacion, el sol benéfico que la calienta con sus tibios resplandores.

La poesia es la compañera inseparable de toda mujer buena y la que embellece el hogar doméstico. ¡Desgraciada la mujer que la desconoce, y desgraciado tambien el hombre que desea para compañera suya una mujer prosaica y materialista! si busca una alma helada, se encontrará con una alma dura! si busca un corazon destituido de ilusiones, solo encontrará un seno vacío, ó los girones sangrientos de un corazon deshecho!

II.

La poesia es el sentimiento de lo bello: así, pues, toda mujer que cuida de embellecer la vida de su esposo é hijos, tiene una alma poética y tierna.

Una madre meciendo á su hijo sobre sus rodillas junto á un balcon entoldado de flores, tiene á mis ojos una poesia tan bella como elocuente.

Una joven sentada junto á su anciano padre leyendo con suave y dulce voz en las largas noches de invierno para distraerle, ofrece un cuadro de una tierna é inimitable poesia.

No he conocido ser mas poético que una joven, hija de un anciano militar, que casó con un pobre empleado de pocos años y de menos haberes.

Yo la conocí dos años despues de casada y madre de un niño de cortos meses: vivia además con ellos su anciano padre, partiendo la

modesta y casi miserable existencia de sus hijos.

El tedio se apoderaba de mi ánimo cuando iba con mi madre á casa de alguna de sus fastuosas y opulentas amigas: mi corazón, tan joven que aun no sabia darse cuenta de sus sensaciones, se dormía en el fondo de mi pecho.

Aquella monótona magnificencia, aquellos salones en que el lujo se aglomeraba bajo cien diferentes aspectos, respirando en todo la vanidad; aquellas pesadas colgaduras de sedería, que velaban casi siempre al esplendor del día; aquellos divanes, en fin, destinados á enervar en una soñolienta molición al que los ocupase, me causaban un hastío que no podía vencer.

¡Con qué afán deseaba, por el contrario, que mi madre me concediese permiso para ir á casa de mi joven amiga! Margarita me inspiraba un tierno cariño, una simpatía incomprendible en mi edad, pues no llegaba á doce años.

Ella tenia apenas veinte y dos: su carácter alegre, alejaba de aquella casa feliz á la tristeza, que no perdía ocasion de asomar á las puertas su torva faz.

Margarita no tenia para su servicio mas que una muchacha de poca mas edad que yo, que desempeñaba una parte de los oficios de la casa; su señora cuidaba de su padre, de su esposo y de su hijo: su esmero caprichoso se extendía tambien al balcon de su cuarto, que era un verdadero jardin, y á dos tórtolas, que presas en una jaula de cañas colocadas entre las macetas, arrullábanse tristemente.

Siempre que iba yo á ver á Margarita, la encontraba en su casa: su pequeño gabinete no tenia mas mueblaje que algunas sillas de paja, una mesita de graciosa hechura, sobre la cual habia siempre dos jarros de loza llenos de flores y la cuna de su niño, velada por cortinas de muselina blancas.

Junto á aquella cuna bordaba Margarita todo el tiempo que la dejaban libre sus deberes domésticos: el sueldo de su esposo era muy corto, y ella hacia el sacrificio de sus horas de reposo entregándose á aquel trabajo, que la proporcionaba algun dinero con que contribuir al bienestar de su familia.

El que dice que el trabajo amengua la vida y perjudica á la salud, asienta un error. Margarita era un prodigio de belleza floreciente, de fresca y encantadora lozanía: cubria sus mejillas un rosado delicioso, y sus ojos brillaban de dicha y de contento.

La ocupacion continua es lo que conserva la tranquilidad en el espíritu de la mujer; la buena distribucion de su tiempo la proporciona la tranquilidad de la conciencia y esa ale-

gría dulce é igual que emana de la seguridad del alma.

El ocio es su demonio enemigo; porque el ocio vicia su corazón, destruye su entendimiento, hiela su alma y embota todos sus buenos instintos.

III.

Margarita y su familia vivian en un cuartito en frente del que ocupaba yo con la mia; todas las mañanas se levantaba á las siete, y cantando como un pájaro aseaba su pequeña sala y el gabinete de las flores, como yo le llamaba.

Luego vestia á su niño, que ya andaba solo, ayudaba al tocador de su anciano padre peinando sus blancos cabellos, arreglándole la corbata, y prestándole, en fin, todos aquellos cuidados que su edad exigia.

Veíala yo con un placer indefinible entrar, salir, y repartir sus cuidados entre aquellos tres seres que cifraban en ella toda su ventura: mirábala cambiar el agua de sus tórtolas, darlas alimento, y esperaba con impaciencia la hora de su tocador para asistir á él oculta entre los pliegues de las cortinas que guarnecian mi ventana.

Después de concluir todos sus quehaceres, se quitaba Margarita su gorrito blanco y desenlazaba sus hermosos cabellos castaños, que peinaba con maravillosa agilidad, enlazándolos graciosamente detrás de su cabeza.

Un vestido blanco y liso, ceñido con un cinturon oculto era todo su adorno en el verano; en el invierno, le reemplazaba con otro de lana oscuro.

Después de vestida se sentaba á trabajar, mientras el abuelo jugaba y reía con el niño.

Cuando por la tarde volvía su esposo á casa, Margarita conocia sus pisadas; dejaba su labor, y tomando al niño en sus brazos, salía á recibirle.

¡Cuán dichoso debia sentirse aquel hombre al estrechar contra su seno á su angélica esposa y á su inocente hijo! ¡Muy grande debió ser su ventura, pues se grababa en todas sus facciones con caracteres harto visibles y profundos!

Mientras comían, no cesaba yo de oír la risa sonora y dulce de Margarita; sin embargo, el corto tiempo que permanecían en la mesa, acusaba la frugalidad de los manjares.

Muchas noches alcanzaba yo permiso de mi madre para pasar la velada en casa de Margarita: esta acostaba á su hijo y volvía á tomar su bordado, en tanto que mecía la cuna con su lindo y ligero pié.

A las diez dejaba la aguja y tomaba un libro en el cual leía con suave y reposada voz hasta las doce.

¡Cuán atentos estábamos á la lectura su padre, su esposo y yo! Sentado el anciano en frente de ella, escuchaba con una especie de éxtasis la voz de su hija; y el joven esposo, apoyando la mejilla en su mano, parecía pendiente de los labios de Margarita.

Esta elegía los libros que mas la agradaban en la biblioteca de mi padre; y la eleccion de ellos atestiguaba mas que nada la lucidez de su talento, de un talento que brillaba con la suave y grata belleza de la perla sin deslumbrar, como el diamante con sus hirientes y soberbias facetas.

Prefería siempre las obras producidas por las mujeres: las novelas de mistris Bernet, de Mme. Stael, de Mme. Cottin y de Mme. de Genlis eran sus favoritas: un día que la llevé yo una novela de Jorge Sand, la tomó, me dió gracias con dulzura y la puso sobre su mesa.

Yo la pregunté admirada que por qué no la hojeaba segun su costumbre.

—La dejo aquí para que la lea mi esposo, me contestó; ese autor no me agrada.

—Por qué? observé yo con estrañeza.

—Porque ha elegido una senda impropia de su sexo, contestó Margarita. Jorge Sand ha invadido el terreno del hombre.

—¿Pero no escribe bajo el pseudónimo de un hombre?

—Es verdad, repuso Margarita con dulzura; es verdad, pero ¿dejará de ser su alma de mujer? Mi querida María, Dios ha puesto una gran diferencia entre el alma, el corazon y los sentimientos del hombre y los de la mujer: la que abjura de la naturaleza, de los impulsos que le ha dado el mismo Dios, la que trueca aquellos y estos por los del otro sexo, no será amada como mujer, ni respetada como hombre; nunca escitará la admiracion de nadie, pues todo lo que es injusto es culpable; todo lo que es presuntuoso, dista mucho de ser grande; yo quiero los libros de esas mujeres que ponen ante los ojos dulces y evangélicas virtudes: los libros que enseñan á ser buena madre y buena esposa, y aborrezco esas páginas emponzoñadas en que se viste á las pasiones con un manto de flores, y á los crímenes con un manto de oro.

Muchas veces, al tomar la pluma para empezar un libro destinado al público, me he acordado de las palabras de Margarita, de aquellas palabras, que nadie hubiera esperado de unos labios tan puros é inespertos.

La ternura del alma, el instinto de la mujer sensible, suple con ventaja al talento mismo.

IV.

Desde su edad mas tierna debe irse inculcando en el alma de la mujer esa suave y dulce poesía, que luego debe servirla para embellecer su hogar.

Hágasela amar todo lo bueno, todo lo bello, todo lo tierno; hágasela elevar á Dios su corazon con sincero afecto. Dios es la fuente de la verdadera, de la sublime poesía: el gérmen de la belleza infinita.

Ya lo he dicho en el artículo á *La Fé* que acabo de dar á luz (1): *el amor es la poesía de la religion.*

La fé es su beneficio.

Madres, inculcad en el corazon de vuestras hijas amor á lo bello y fé en Dios, y serán buenas y felices, y harán dichosos á cuantos vivan á su lado.

Y no padecerán nunca ese *spleen* fatal en el hombre y culpable en la mujer, porque es siempre producido por la ociosidad ó por la saciedad de los placeres.

Nada hay mas bello que la virtud; los seres á quienes el mundo llama con su culto lenguaje *despreocupados*; aquellos que no se espantan ante ningun medio de satisfacer sus pasiones, gozan y se estasian leyendo las sublimes *Confidencias* de Lamartine, donde el amor materno se pinta con la mayor verdad, donde las virtudes del hogar doméstico están divinizadas por el inmortal poeta.

Haced pues, ¡oh madres! haced que vuestras hijas amen la virtud; hacedlas dulce el deber; hacedlas comprender que la suerte de la familia está en manos de nuestro débil sexo, pues que el imperio y la influencia de la mujer no salen, no deben salir de las paredes de su hogar.

Persuadidas de que la mas íntima satisfaccion, el goce mas completo, están en la conviccion de cumplir con sus deberes, y que nada hay mas poéticamente bello que la virtud.

La frente de la mujer buena lleva un sello que la imprime Dios y que respetan los años, los pesares y las dolencias.

Si es bella, su belleza tiene un carácter particular, que no se encuentra en las demás mujeres.

Si no ha sido dotada de gracias por la naturaleza, posee al menos un encanto indefinible, que es, por decirlo así, el reflejo de su alma.

(1) En el *Museo Universal*, núm. 4, año 2º

La mujer buena embellece todo cuanto toca, pues á cuanto toca imprime ese sello de verdadera, dulce y grata poesía, que es la dicha del hogar.

Porque la poesía, como he dicho, no consiste solo en hacer versos: la poesía está siempre en toda alma tierna y bella, en todo corazón recto y sensible.

Todo lo bello, todo lo bueno, es poético.

Por eso repito: ¡desgraciada la mujer que siente el alma exhausta de poesía! ella no conocerá ni el amor de esposa, ni el de madre, ni ninguna de las santas afecciones de la familia.

¡Dichosa, sí, dichosa mil veces la que siente en sí misma el raudal del sentimiento y de la poesía! En los mismos deberes hallará infinitas venturas, y cruzará la senda de su vida con la risa en los labios y la serenidad en la frente.

La mujer que deplora su condición de tal, ó abdica sus derechos por conquistar los de otro sexo, solo será una inútil carga para los suyos, mereciendo su justa execración. ¿Es acaso una desgracia el nacer para ser el ángel del hogar, para embellecer la existencia de los que amamos?

Ah! no: la mujer si tiene el alma elevada y poética, el corazón sensible y el espíritu recto y escudado con una sincera y religiosa fé, embellece y hace feliz á cuanto la rodea, y por lo mismo, es imposible que sea jamás desventurada.

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

NUEVO MANUAL DE SEÑORITAS.

Del punto de ojete ó de anillitos.

50. Se hacen filas de puntos y de alfileritos dispuestos en la misma forma que queda explicada para el punto bordado al hilo (pár. 43). Luego dejando la aguja en la línea que forma la segunda fila de las mallas, se baja una nada mas, y estando entonces junto á la barreta de esta malla, se correrá la aguja á lo largo de la barra siguiente, y se volverá á coger la primera barra de donde se partió ó comenzó, con lo cual se describirá un círculo de hilo al rededor de la malla ó puntos. Se vuelve á comenzar hasta que esté bien lleno, esto es, realzado, y despues metiendo la punta de la aguja en medio del círculo, se la dará vuelta en el agujerito colocado en el centro para agrandarle. El ojete se asegura pasan-

do la aguja en la siguiente presilla, luego se bajan dos puntos y se comienza de nuevo. Esta maniobra se repite en las otras filas de tres órdenes de puntos, y aun á veces se hace todo el calado de este mismo modo, disponiendo los ojitos lo mismo que un floreado, y además dichos ojetes se hacen todavía de dos maneras; cuando el ojito ya está hecho y se le ha agrandado metiendo la aguja por en medio, se hace el punto de un verdadero ojete de bordado, con la diferencia de que el presente será el punto mas separado y algo inclinado, y es el primer modo de ejecutarlos; reduciéndose el segundo á hacer al rededor del ojito un punto de feston no muy apretado.

51. Hay tambien otras combinaciones, la mayor parte de las cuales indicaré al hablar de los puntos bordados sobre tul, para el bordado al *zurcido*. Todas estas especies de puntos pueden hacerse sobre el calado á *punto de tul*, supuesto que es absolutamente uno mismo el tejido. Habiéndose inventado un modo de suplir los alfileres, estos calados vienen á ser lo mismo; sin embargo, los primeros son mas agradables y variados, pero tambien mucho mas pesados de hacer.

52. Los calados de cordoncillos bordados al hilo en bias y con ojitos, pertenecen de derecho al tul. Se les puede hacer sin alfileres, pues como he indicado, han suplido á este. El método es el siguiente:

Cógense de izquierda á derecha en cada barreta las dos presillas paralelas, se aprieta un poco, y despues al acabar la fila se vuelve tambien de izquierda á derecha, á los puntos que se acaban de hacer, y que se cruzan con esta operacion. Esto forma una pequeña faja ó lista de enrejados que se mezclan muy bien con el bordado al hilo. En el bordado en bias es mas ancha, porque se hace abrazando el espacio de tres puntos. Estas fajas de enrejados tan pronto se cruzan sobre sí mismas, haciéndose aun del ancho de tres puntos, y se mezclan con puntos de calado bordados, y tan pronto colocados en bias sobre una línea de puntos, quedando en medio otra fila, producen un bonito campo de punto de Berlin con listas ó rayado; otras veces á la distancia de dos filas forman una hermosa variedad de dicho punto, pero no pueden trabajarse en círculo.

53. Todavía hay otras dos clases de puntos sobre tul, que pudieran hacerse igualmente en medio de las flores al *trapo*, pues en este caso no habria que hacer otra cosa que llenar el hueco de dichas flores con el punto de tul; pero como uno de estos calados imita el punto de *ojo de perdiz*, que puede ejecutarse en el hueco

sin esta preparacion, no suele hacerse sino en el tul que se borda al *zurcido*. El otro calado por el contrario, que pide siempre un campo de puntos, se emplea tanto para el bordado al *zurcido* como para el bordado al *trapo*.

Tal es la manera de hacer ambos calados. Estos piden aun mayor atencion para atender su teoría que para la práctica, porque á la verdad son mas fáciles de hacer que de describir.

Del punto de ojo de perdiz sobre tul.

54. Enhebrada y clavada la aguja, se coje la labor de modo que las barras de los puntos se hallen vueltas á la que trabaja, y en seguida se pasa la aguja por debajo de la primera y de la segunda barrita, y se aprieta el punto que se encuentra entre las dos barras, y de consiguiente entre los dos puntos, y esta maniobra se continúa en todos los puntos de la fila que se haya comenzado de este modo. Estos puntos así apretados, dejarán á derecha y en la fila de puntos que sigue, otros mal formados y divididos por dos hilos en figura de V consonante, y son las dos presillas cerradas ó apretadas por una estremidad. En la segunda fila, (cuidando de volver la obra, para poder comenzar á tejer á la derecha), se pasará la aguja por debajo de estos hilos en figura de V, y despues por debajo de las dos presillas del punto que se halla á la derecha, é inmediatamente por cima de la malla mal hecha, situada entre las cuatro presillas. Entonces se tendrá un agujero grande semicircular, que se completará cojiendo los hilos en V, que están delante de la aguja, y así se irá continuando hasta concluir esta fila. Despues se hará la tercera como la primera, la cuarta como la segunda, y así sucesivamente, alternando siempre.

Del calado á punto de tapiz, ó mas bien de lomillo.

55. Colócase la obra en bias, esto es, de manera que los puntos presenten una serie de líneas diagonales; y puesta así se hará el punto de tapiz ó cañamazo, del que se hablará mas adelante (pár. 2), sobre la línea diagonal mas cercana al cordoncillo; pero advirtiéndole que este punto tiene dos pequeñas diferencias: la primera es, que siempre va al bias ó al sesgo, y la segunda, que el siguiente no se coje en el precedente sino por el contrario, del lado opuesto á aquel de donde se acaba de sacar la aguja al finalizar el punto, lo cual produce un hilo transversal, sobre el que se cruza el punto de tapiz. Cuando ya esté hecha de

este modo la primera fila diagonal de puntos, se volverán á comenzar (teniendo siempre la tela al bias) los mismos puntos sobre la línea diagonal, contraponiéndolos, y así se continuará este calado hasta su conclusion.

Estos dos puntos de encaje, de que se acaba de hablar, no se mezclan con ninguna otra combinacion.

56. Ahora añadiremos á todo lo dicho acerca de los encajes y puntos de encaje, el modo de hacer la *presilla* en figura de A, y los dobladillos de calado; despues esplicaremos cómo se hacen las *añadiduras*, especie de costura con la que se une un encaje á otro para hacerle mas ancho; en seguida la costura con que se añaden dos encajes para aumentar su longitud, y por último el modo de componer los encajes y tules.

57. La *presilla* que se llama de A se hace siempre en línea recta, sacándose los hilos de la tela comprendida entre las dos rayas del dibujo, que señalan el paraje en que lia de colocarse, y se ejecuta en percal, en muselina, en batista, y generalmente en todas las telas de hilo ó de algodón. Por lo comun se hace mas ancha que la *presilla á la turca*. (Véase mas arriba el bordado al trapo, pár. 11), porque no tiene como esta el inconveniente de fruncir ó arrugar la tela. El modo de hacerla es el siguiente: cuando ya se hayan arrancado todos los hilos que van á lo largo entre las dos líneas ó rayas del dibujo, sacando el hilo y encogiendo la tela hasta que el hilo salte, se asentará la tela sobre un papel verde que sobresalga un poco á cada lado de las dos rayas. En seguida se enhebrará con hilo fino una aguja gorda, y despues de haberle asegurado, trayendo el cabo ó punta de la hebra por delante de la aguja, para que le coja al hacer la *presilla*, se cojerán á izquierda cuatro hilos, que se reunirán juntos por su largo con cuatro ó cinco puntadas inclinadas de sujete, y resultará una especie de barretilla semejante á la de la *presilla* de escala; lo cual solamente se hará por esta vez, porque no se ejecuta esta operacion mas que al comenzar la *presilla*. Luego que se ha llegado al fin de la barretilla, se tomarán cuatro hilos que se reunirán á ella con un punto de cordoncillo, y tomando en seguida estos cuatro hilos tambien á lo largo hacia la izquierda, se abrazarán con dos puntadas inclinadas de cordoncillo, y dará una barrita transversal al sesgo. Despues al tercer punto se tomarán otros cuatro hilos, que se unirán á izquierda á la pequeña línea ó barra transversal, del mismo modo que se unieron los cuatro primeros á la barretilla de la derecha. Tambien se abrazarán estos cuatro hilos con

dos puntadas de cordoncillo, hechas á lo largo de los hilos sobre la derecha, y esto formará una barreta transversal al sesgo, la cual hallándose oblícua á la otra que queda hecha á la izquierda, producirá la figura perfecta de una A, que da nombre á esta presilla; cuya maniobra se irá continuando así hasta la conclusión.

(Se continuará.)

LA MODESTIA.

Por las flores proclamado
Rey de una hermosa pradera,
Un clavel afortunado
Dió principio á su reinado
Al nacer la primavera.

Con majestad soberana
Llevaba y con noble brío
El régio manto de grana,
Y sobre la frente ufana
La corona de rocío.

Su comitiva de honor
Mandaba, por ser costumbre,
El céfiro volador,
Y habia en su servidumbre
Yerbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
Porque tambien era uso,
Quiso una flor para esposa;
Y régiamente dispuso
Elegir la mas hermosa.

Como era costumbre y ley,
Y porque causa delicia
En la numerosa grey,
Pronto corrió la noticia
Por los estados del rey.

Y en revuelta actividad,
Cada flor abre el arcano
De su fecunda beldad,
Por prender la voluntad
Del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
Engalanarse se vian
Con harta envidia, dispuestas
A ver las solemnes fiestas
Que celebrarse debian.

Lujosa la corte brilla,
El rey admirado duda,
Cuando ocultarse sencilla
Vió una tierna florecilla
Entre la yerba menuda.

Y porque el regío esplendor
De su corona la inquieta,
Pregúntale con amor:
—¿Cómo te llamas?—Violeta,
Dijo temblando la flor.

—¿Y te ocultas cuidadosa,
Y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,
Hoy que entre todas las flores
Va el rey á elegir esposa?

Siempre temblando la flor,
Aunque llena de placer,
Suspiró y dijo:—Señor,
Yo no puedo merecer
Tan distinguido favor.

El rey suspenso la mira,
Y se inclina dulcemente;
Tanta modestia le admira;
Su blanda esencia respira,
Y dice alzando la frente:

—Me depara mi ventura
Esposa noble y apuesta;
Sepa, si alguno murmura,
Que la mejor hermosura
Es la hermosura modesta.

Dijo, y el aura afanosa
Publicó en forma de ley,
Con voz dulce y melodiosa,
Que la violeta es la esposa
Elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas;
Ambos esposos se dieron
Pruebas de amor manifiestas;
Y en aquel reinado fueron
Todas las flores modestas.

José SELGAS.

La Primavera.

LA INOCENCIA.—LA VIRTUD.

Bellos los años son, bella es la vida
En aquella feliz edad de flores
En sueños de inocencia adormecida;

Cuando el alma no tiene sinsabores,
Y cuando el corazon aun no ha pagado
Tributo de dolor á los dolores;

Cuando vive feliz y sin cuidado;
Muestra de lo que el hombre ser podia,
Muestra de lo que fué sin el pecado.

Mas ¡ah! que la inquietud y la agonía,
Aun no traspuesta la infeliz infancia,
No nos dejan un punto de alegría.

¡Saber!... necia ambicion, vana arrogancia;
Pues cuanto mas el hombre en él se empeña,
Mas se cubre de luto y de ignorancia.

¿Qué difícil estudio nos enseña
A cegar el abismo tenebroso
Por donde nuestra vida se despeña?

¿Es por ventura el sabio mas dichoso?
Y el que la suerte á las riquezas lanza,
¿Cuenta muchos instantes de reposo?

Y la esperanza, en fin... ¿Qué es la esperanza,
Mas que la dolorosa resistencia
Que hacemos al pesar que nos alcanza?

¡Difícil inquietud, triste experiencia!
¡Quién pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia!

¿Y por qué á la virtud somos extraños?
¿Por qué este afán tenemos á una vida
Tan llena de amargura y desengaños?...

La bulliciosa juventud convida
A festines de amor, y nos ofrece
La copa del placer apetecida.

El alma se dilata y se estremece;
Palpa la realidad, rásase el velo...
Y toda la ilusión desaparece.

Entonces llega el matador recelo;
Entonces llega la inquietud sombría,
Y llegan el dolor y el desconsuelo.

Y lento llega y perezoso un día,
Y otro día también; y todo llega
Sin término poner á su agonía.

El amor engañado se replega;
Crece la flor de los recuerdos triste,
Porque con tristes lágrimas se riega.

Si lozano el espíritu resiste,
En vano intenta renovar la vida
Dentro de un corazón que ya no existe.

Así felicidad la mas querida,
La que fuera la luz de la existencia
Es de nosotros mismos homicida.

¡Infalible verdad! ¡Triste experiencia!
¡Quién pudiera trocar todos sus años
Por unas breves horas de inocencia!

¿Y por qué á la virtud somos extraños?
¿No es la virtud la amiga bienhechora
Que evita dolorosos desengaños?

¿No consuela el dolor que nos devora?
Si llora con nosotros... ¡qué dulzura
No derrama en las lágrimas que llora!

Mágica luz de nuestra vida oscura,
Destello tibio, misterioso y santo,
Que sigue al sol de la inocencia pura.

Ella nos cubre con su hermoso manto;
Ella el afán mitiga y el desvelo;
Ella nos presta inagotable encanto.

Ella que es inmortal, porque es del cielo,
Cuando á morir la muerte nos inclina,
Nos llena de esperanza y de consuelo.

Siempre á la par de nuestro bien camina,
Y después de esta vida transitoria,
Sobre nuestro sepulcro se reclina.

Ella llena de luz nuestra memoria;
Ella en brillantes páginas escribe
De la vida fugaz la breve historia,

SETIEMBRE.

Y solo, ¡oh Dios! para nosotros vive,
Y solo, solo con cuidados paga
Los muchos desengaños que recibe.

¡Quién no será feliz si ella lo halaga!
¿Dónde se halla el placer, dó la ventura,
Que como la virtud nos satisfaga?

Virtud, santa virtud, tu llama pura
Alumbra con sus vívidos fulgores
La triste imagen de mi vida oscura.

Tú sabes mitigar mis sinsabores,
Tú, y el recuerdo de la edad primera,
Fanal que guarda deliciosas flores.

Aurora de tranquila primavera,
Sonrisa del placer mas inocente,
Que fuera nuestro bien si eterna fuera.

Entonces que la vida dulcemente,
Al torpe engaño y la ambición extraña,
La mansa paz de la inocencia siente;

Entonces que al espíritu no engaña
El afán de la vida, ni el tormento
De la envidia maléfica le daña;

Entonces que discurre el pensamiento
Por campos en verdura siempre iguales
Sin pena, ni temor, ni sentimiento;

Entonces que los labios virginales
Recogen con espléndida dulzura
La pasión de los besos maternos,

Y el alma coronada de hermosura
Entre Dios y los hombres se levanta,
Emblema hermoso de inocencia pura.

Inocencia feliz que nos encanta,
Virtud que á ser felices nos enseña
Y al bien dirige nuestra torpe planta.

Flores, oh Dios, que en destrozarse empeña
El revuelto tropel de las pasiones
Por donde nuestra vida se despeña.

Mas los grandes y hermosos corazones
A la virtud y á la inocencia fian
Sus castas y queridas ilusiones.

Que la virtud y la inocencia envían
Consuelo al mal, y luz á la ignorancia
De los que á su grandeza se confían.

Llenos de vuestra tímida fragancia,
Venid á perfumar mi pensamiento,
Dulcísimos recuerdos de la infancia.

Virtud, dame tu fé, dame tu aliento;
Olvida mis pasados desvarios;
Brille en mi corazón tu sentimiento;
Brille en mi vida, y en los versos míos.

José SELGAS.

LAS SIETE VIRTUDES CAPITALES.

NOVELA ORIGINAL

DE

Doña Robustiana Armiño de Cuesta.

Contra Pereza Diligencia.

CUARTA PARTE.

I.

Cese ya, cese el misterioso anhelo,
Y mi mano leal y vigorosa
Descorra al fin el tenebroso velo.

J. C. RIEGO PICO.

Todo seguía en el ingenio de Chateau-fort su curso ordinario, al menos en apariencia. Magdalena investida del mando supremo, descuidaba en el honrado Palmerolles de los cuidados de la administración, y este escéntrico catalán que no comprendía como puede el hombre rebelarse contra el gobierno constituido, cualquiera que él fuese, cumplía con tal escrupulosidad sus deberes y dirigía con tal acierto los negocios, que por egoísta y ambiciosa que fuese la Bonmarché, no podía menos de mirar con cariñoso afecto á Palmerolles, dándole con frecuencia notables muestras de distinción, que entusiasmaban al cajero y le hacían ape-garse mas y mas á los cuidados de su administración.

Pero no se crea que el cariño que Magdalena profesaba al administrador cajero, era ese sentimiento generoso de gratitud que nos liga á la persona amada por toda la vida y aun mas allá de la tumba; no: lo que ella amaba en Palmerolles no era la probidad ni la honradez en que por otra parte no creía, porque los corazones dañados niegan siempre la existencia de aquellas virtudes de que carecen, sino el hombre máquina que tan provechosamente funcionaba.

Por otra parte, Magdalena que abrigaba en su corazón una envidia rastrera hacia Laura, su discípula privilegiada, pensaba sin descanso en hallar un medio de alejarla de la casa; pues la rectitud, la actividad, la envidiable virtud de la graciosa criolla, la humillaban sin cesar á sus propios ojos.

A los pocos días de la muerte de Chateau-fort, Magdalena ordenó en nombre de la señorita Silvina, que cesasen las lecciones de los esclavos, pues que á mas de que *las masas*

se gobernaban mejor cuanto mas estúpidas, los jóvenes negros perdían en el aprendizaje mucho tiempo, y ella estaba obligada á mirar escrupulosamente por los intereses de la niña.

Si se hubiera tratado de algun trabajo retribuido, Laura se hubiera resignado sin alzar los ojos; pero se trataba de unos infelices á quienes había ido iluminando con las sagradas máximas del evangelio; se trataba de unos pobres discípulos que la adoraban como á un ángel, y Laura acudió á Magdalena suplicándola encarecidamente que la permitiese continuar una enseñanza, que ella misma había protegido en mejores días con tanto entusiasmo.

—Ay, hija mía! respondió Magdalena acercando á los ojos su pañuelo de batista: esos eran otros días.... venturosos.... mucho mas venturosos para mí.... entonces yo tenía la dicha de poder seguir los generosos impulsos de mi corazón sin responsabilidad alguna; y ahora.... oh! ahora el deber es inflexible! felices los que están destinados á obedecer.

En seguida abrazó á Laura, le dió las gracias por el interés que se había tomado con los esclavos, y la despidió cortesmente, asegurándola que la profesaba un tierno y particular cariño.

A pesar de las últimas frases de Magdalena tan sentimentales como afectuosas, Laura percibió claramente el golpe que se la dirigía, y bajando los ojos avergonzada, se encaminó á las habitaciones de Silvina para darle un adiós, empapado en tristes y negros presentimientos.

—Está dormida.... luego la vereis, dijo secamente Magdalena, dando algunos pasos hacia adelante y poniendo un dedo en los labios.

Laura que estaba ya á la puerta del salón retrocedió, y saludando tímidamente á Magdalena, se encaminó al despacho á reunirse con su padre para volver á casa.

Lejos de tomar parte en el sentimiento de su hija, Palmerolles aplaudió de corazón aquella medida que emancipaba por fin á Laura de un trabajo impropio.

La pobre joven, á pesar de su genio naturalmente gracioso y vivaracho, había ido adelgazando por grados sin que tuviese para ello causa alguna visible; sus ojos negros ligeramente hundidos centelleaban en sus órbitas como dos espléndidos luceros; sus megillas naturalmente frescas y de un suave y dulce sonrosado, ora pálidas y deprimidas daban á su fisonomía un aire de simpática melancolía, mucho mas seductora que la mas deslumbrante belleza.

Los Palmerolles no cesaban de lamentar aquel decaimiento, que achacaban ambos al incesante trabajo intelectual y á los continuos y molestos viajes que ocasionaba á Laura su

caritativa enseñanza; pues aquella joven, cuya actividad no tenía límites, no abandonaba sus quehaceres domésticos por mas que los pobres esclavos le robasen muchas horas de sueño.

Reconvenida seriamente por su madre que temblaba por la hija de su corazón, Laura desplegaba entonces una energía impropia de su sexo, y animada por la fe con que ejercía su caritativo ministerio, describía con entusiasmo la felicidad de los misioneros que espiran enseñando á sus verdugos las admirables máximas del evangelio; y la buena y religiosa señora de Palmerolles admirada de la elocuencia y de la unción que brotaba á raudales de los labios de su hija, sentía desvanecerse sus temores, la contemplaba con una especie de adoración, y rogaba á Dios con toda su alma para que se la dejase en el mundo hasta sus postreros días.

Palmerolles, menos expansivo aunque no menos amante de su hija, creía de buena fe que las lecciones de los esclavos de Chateau-fort y las que todos los días prodigaba á los niños pobres de las cercanías, eran la causa de aquel decaimiento incomprensible; por eso, como ya hemos dicho antes, aplaudió la determinación de Magdalena con un regocijo que en vano trató de ocultar á los perspicaces ojos de Laura.

Fuese que esta no pensase de la misma manera acerca de su creciente malestar, fuese que el cariño que profesaba á sus pobres discípulos se alzase en aquel momento sobre toda otra consideración, apenas se encontró á solas con su padre, prorumpió en un llanto amargo y desconsolador.

—Bah! Laurette, dijo tranquilamente el cajero sin dejar de seguir rayando sus libros de cuentas. La madre ni el padre no lloran.... vamos, vamos, el fresco de la costa te hará bien: vamos, hija mia.

Y sin tomarse el trabajo de despedirse siquiera, el administrador salió apoyado en el brazo de su hija, tomó la volante que aguardaba á la puerta, y acompañó á Laura á Puerto-Esccondido.

Durante su corto viaje, Laura no cesaba de lamentarse de sus pobres esclavos; Palmerolles indiferente á todo arrojaba al aire grandes bocanadas de humo que desde su gran pipa de porcelana del Japon subían en caprichosas espirales á perderse en una atmósfera diáfana y esplendente.

Laura alzó los ojos hacía su padre y exhaló un ligero grito: acababa de ver rodar de sus tostadas megillas una lágrima ardiente y silenciosa, que se deslizaba como una gota de rocío.

Palmerolles no lloraba nunca.

—Ah! papá, papá, exclamó estrechándole las manos con ternura. Papá, lloras?

—Déjame, contestó bruscamente Palmerolles, enjugando con el dorso de su mano aquella lágrima imprudente: es un sueño triste.... muy triste.... horroroso.... pero esta pesadilla se pasará.... Vamos, Laura, es preciso que no llores nunca tú, que estás ahora en tus mejores días.... las lágrimas abrasan el corazón.

Palmerolles y su hija continuaron en silencio hasta Puerto-Esccondido, ambos preocupados y silenciosos como dos almas que sufren.

Laura no podía explicarse lo que sentía: nunca había visto llorar á su padre mas que de alegría; nunca le había oído explicarse con aquel tono fatídico y sentimental que encerraba sin duda algun misterio.

Apenas echaron pié á tierra, Laura se arrojó en brazos de su madre sollozando, sin acertar á explicarle su despedida de Chateau-fort que tomaba por un desprecio insultante. La Palmerolles juntó las manos, las elevó al cielo con una piedad edificante, y estrechó á su hija contra su corazón mil y mil veces. Sin saber por qué le parecía que acababa de salvar á su hija de un peligro inminente: alma privilegiada y rica en inspiraciones aquella pobre mujer, que nada sabía, tenía el presentimiento de que Chateau-fort seria muy pronto una mansión corrompida. Y era su hija tan casta! Era tanto lo que aquella madre temía por ella, que en todas sus oraciones repetía maquinalmente:

„Señor, Dios mio! mi hija desfallece sin que mis ojos puedan penetrar la causa; pero si su alma se mancha con un solo pensamiento impuro, tomadla, Señor, para purificarla, aunque haya de quedarme sola en esta tierra de dolores.“

Palmerolles habia regresado al instante á Chateau-fort.

Cuando volvió por la noche, Laura mas tranquila, recorría las teclas del piano, arrancándole sonidos tristísimos como los quejidos de un alma enferma.

La señora de Palmerolles tejía sus blondas cerca del piano.

El cajero silencioso y preocupado se retiró mas temprano que de costumbre, y la madre y la hija velaron hasta despues de la media noche.

Pocos minutos despues todo yacía en un silencio profundo, interrumpido de vez en cuando por un suspiro amargo y desgarrador que se escapaba del pecho de Laura. Laura no dormía: ¿qué pasaba en el corazón de aquella virgen?

¿Habeis oído hablar alguna vez de esos poéticos amores platónicos que embriagan el espíritu sin que la materia dé señales de vida? ¿De esa fruición desconocida para los materialistas que no viven mas que de la vida de los sentidos?

Si sois ateos, si no creéis en las revelaciones misteriosas, en el éxtasis, en la catalepsia, si desconocéis ese limpio raudal de generosa simpatía que experimentan dos almas hermanas al encontrarse sobre la tierra, no habeis amado nunca, no habeis oído aquí abajo las armonías del cielo, no habeis vivido con la vida del alma.

Laura, la espiritual criatura por cuyas venas corría la activa sangre catalana confundida con la mallorquina, la que engolfándose en un estudio incesante, sedienta de saber y enseñar, no habia pensado nunca en que el amor existía sobre la tierra, se encontró sin saberlo enamorada, fascinada, arrastrada hacía un ser misterioso que ella revestia con todos los encantos de su privilegiada imaginación, un ser como ella espiritual que hablaba el lenguaje de las flores, que alzaba sobre las olas un canto tiernísimo y seductor como las melodías de la danza Osianica.

Entregada de lleno á la peligrosa ilusión que la fascinaba, Laura iba perdiendo insensiblemente su alegría, y sobre la voz de sus discípulos, sobre las vibraciones del piano, sobre las armonías de la naturaleza, se levantaba siempre aquella blanca sombra que encerraba sin duda entre las nubes del misterio un nombre ilustre y un alma privilegiada.

Una mañana desatando Laura su elegante ramillete, encontró debajo de una de las lazadas un billete perfumado que contenía tan solo estas palabras: "Laura! Laura! paloma de mis ensueños, yo me siento morir lejos de tí. Oh! torna, torna tus negros y brillantes ojos hacía el gondolero!"

Laura leyó y releó mil veces aquellas líneas que perturbaban su cerebro, y cediendo á la fascinación que ejercía sobre ella el lenguaje del amante desconocido, escribió temblando en el mismo billete:

"¿Por qué te ocultas? ¿por qué no vienes á ofrecermé tus flores á la luz del día? ¿siempre la sombra, siempre el misterio!"

Laura se detuvo: ¿á qué escribir aquel billete si ignoraba el medio de hacerle llegar á su destino?

La jóven criolla se quedó pensativa durante algunos minutos; luego se encaminó al patio donde Mariana regaba las macetas de flores de su hermoso jardinillo, que le parecían aho-

ra muy comunes comparadas con las espléndidas camelias de su desconocido.

Su primer pensamiento habia sido el de arrancar á la esclava el secreto de su romántico rondador, porque estaba segura de que á pesar de su silencio era Mariana la única confidenta de aquel amor, que la envolvía como un dorado sueño.

Apenas se encontró frente á frente con la esclava, Laura se ruborizó como si hubiese cometido un crimen.

—Ah! murmuró recorriendo distraidamente las platabandas del jardín; y yo hubiera sido capaz de rebajarme hasta el punto de tomar á Mariana por confidenta de mi amor! Oh! Dios mío!

Mariana que continuaba regando las flores, se sonrió maliciosamente dejando ver dos filas de dientes blancos como el marfil; y empezó á cantar una de esas canciones melancólicas con que los negros amenizan su constante trabajo.

Aunque curiosa como la que mas, temia demasiado el látigo de Palmerolles para poder aventurar una palabra.

Laura bastante dueña de sí misma no despertó en su buena madre la menor sospecha; la señora de Palmerolles rendida por el trabajo, se durmió tranquilamente soñando con el nuevo día para trabajar de nuevo.

Laura dormía en un lindo gabinete cuya dorada reja daba al patio; en el fondo habia una alcobita blanca y recogida como un nido para la madre.

Apenas pudo asegurarse de que esta dormía, Laura se encaminó con los pies desnudos hacía el comedor, situado en el piso bajo, cuya privilegiada reja recibía diariamente la ofrenda de las flores.

Al pasar por delante del cuarto de Mariana, entreabrió cuidadosamente la puerta y se puso á escuchar; la negra roncaba como quien duerme sin cuidado.

Siempre inquieta y recelosa, Laura se dirigió á un gran armario de caoba donde guardaba su guitarra y sus papeles de música, y sacó de él fresco y lozano todavía, el ramillete de la mañana anterior colocado en un búcaro de preciosa porcelana. Desde el día del Viernes de Dolores, Laura por no despertar la menor sospecha, se levantaba la primera, recogía las flores que llegaban siempre antes del alba, y guardaba cuidadosamente su preciado ramillete entre las óperas y los wals. A la mañana siguiente aquellas flores se dormían en uno de los secretos del armario para dejar su lugar á otras nuevas, y la espiritual doncella ávida de emociones, conservaba en aquellas

flores secas é inodoras, la historia viva y palpitante de su platónico amor.

El alba no había asomado todavía; Laura animada por la oscuridad ató el billete á una hermosa camelia de color de fuego, la ató á la reja y subió sigilosamente al primer piso, desde cuya salita podia dominar la ventana del comedor.

Fija la vista en el oriente y apoyada la cabeza en los hierros, espiaba con inquietud los primeros albores del día que iban á presentarle al fin en forma real su hermoso desconocido.

Aunque violenta y apasionada nunca se había atrevido hasta entonces á encontrarse frente á frente con aquella sombra embellecida por el misterio.

El corazón de Laura palpitaba con violencia como si quisiera salirse del pecho.

Al fin dibujóse en el horizonte un vapor leve y blanquecino, que empezó á disipar las sombras de la noche sin dejar percibir todavía los objetos.

A la primera ráfaga de aquella incierta luz oyó Laura el ruido lejano y acompasado de los remos.

Los primeros albores de la mañana iluminaron la piragua guiada por su blanco gondolero, que envuelto entre las brumas matinales semejaba una hermosa y fantástica aparición.

Laura sujetó su corazón con ambas manos; sus ojos se fijaron en la playa con una ansiedad creciente que tenia mucho de dolorosa: el problema de su amor iba á resolverse en algunos minutos.

A medida que la canoa empujada por las olas se acercaba á la orilla, la pobre jóven sentía flaquear sus rodillas y un vago presentimiento la hacia arrepentirse de su viva curiosidad.

Era ya tarde para retirarse de la reja; el gondolero echaba pié á tierra, llevando en la mano derecha su precioso ramillete de flores, y Laura no podia ya retroceder aunque aquella tentativa hubiese de costarle la vida.

Era un jóven alto, moreno, de gallardas formas y fisonomía melancólica: debajo de su traje blanco como la nieve, llevaba zapatos de tafete de color con lazos de seda, y un sombrero de paja de anchas alas daba mayor realce á su rostro hermoso y apasionado, en el que brillaban dos ojos negros como dos luceros.

De su rico cinturón bordado pendia al lado izquierdo un grueso machete con puño de plata cubierto de pedrería; al lado derecho se destacaba sobre su blanca vestidura el mango de ébano de su agudo puñal.

Laura podia ya percibir distintamente al ob-

jeto de sus ensueños; pálida, aterrada, fijó los ojos en el rondador, presa de un horrible parasismo, la pobre jóven seguía maquinalmente con la vista todos sus movimientos, apoyando su abrasada frente en los hierros de la ventana para no caer.

El desconocido se abalanzó á la camelia, devoró con rapidez las líneas escritas por la mano de Laura, y loco de alegría, inspirado por el espíritu invisible que nos hace adivinar la presencia del objeto amado, levantó los ojos hácia la reja, exclamando con una voz tan dulce como el trino del ruiseñor.

—Laura! Laura! niña mía!

Laura que no encontraba voz en su garganta para espresar lo que sentía, herida entonces por un doloroso recuerdo, exhaló un ligero grito exclamando:

—Dios mío, tened piedad de mí!

Cerró los ojos, perdió el equilibrio, y su cuerpo se desplomó en brazos de Mariana que se había levantado de puntillas para observar á su niña.

El guagiro lanzó á la ventana una mirada en la que se reflejaba un amor inmenso, indomable, y saltando de nuevo en la canoa, desapareció á todo remo entre las sinuosidades de la costa.

II.

AMOR PLATÓNICO.

Se sufre amando,
El alma inquieta
Vive en dolores;
Pero estas penas,
Yo que las siento
Y muero en ellas.
Por las mayores
Dichas que sueñas
Yo que las siento
No te las diera.

LUIS EGUILAZ.

Los *guagiros* ó *monteros* como se llaman en América los campesinos, forman una raza privilegiada, espiritual y cabelleresca, cuya descripción exigiria por sí sola un grueso volumen.

Habiendo forzosamente de ceñirnos á las dimensiones de la novela que estamos escribiendo, nos limitaremos á trazar á grandes rasgos un ligero bosquejo de aquellos idólatras de la libertad y del valor, de aquellos hijos predilectos de la poesía, trovadores sencillos y apasionados, hermoso remedo de nuestros cantores provenzales.

El guagiro es el hombre salvaje en su acepción mas hermosa; despreciando las leyes de la sociedad, es libre como el ave que vuela, co-

mo el árabe que cruza los ardientes arenales del Africa.

Como el árabe, planta su tienda en el primer oasis que cautiva sus ojos; como él siembra y recoje sus cosechas; y como él levanta su vivienda y lleva sus penates á otro valle sin conservar el menor recuerdo de su morada primitiva. Señor de la naturaleza, todo lo que abarcan sus ojos le pertenece: y si alguna vez la sociedad le reclama hácia sí atentando contra lo que él cree su derecho, el guagiro rechaza con todas sus fuerzas el pesado yugo que quiere imponérsele, y armado de su puñal y su machete, toma su velocísimo caballo y se hace bandido.

Forzado desde entonces á evitar los sitios donde puede hallarle la justicia humana, obligado á robar para proveer á sus primeras necesidades, el guagiro, aunque convertido en salteador de camino, conserva sin embargo un fondo de generosidad y de caballerosa galantería que predispone en su favor y le atrae las simpatías de los corazones románticos y apasionados. Mas fuera de este caso, una naturaleza pródiga que no exige mas que unos cuantos puñados de semilla esparcidos sobre la tierra para producir abundantísimas cosechas, le ha concedido la dicha de pasar la vida en una indolencia voluptuosa y señorial.

El amor, la música, el baile y las riñas de gallos, son los elementos de vida para aquellos trovadores natos, cuya prodigiosa imaginación halla en todas partes aventuras, amores y armonías.

Tan valiente como apasionado, el guagiro no camina nunca sin su machete, su puñal y su bolsa llena de coplillas y de magníficos cigarros.

Conservando todavía algunos gérmenes de la raza india, llevó su amor y su poesía hasta el frenesí, es franco, alegre, generoso, galante, monta á caballo con una ligereza sin rival, y se lanza por los bosques y cañaverales á brida suelta, dejando atrás en su carrera al mas aventajado jinete europeo.

Cualquiera de nuestros lectores que en la época á que nos referimos hubiese atravesado el camino que media entre Matanzas y la Habana, habria hecho desde luego conocimiento con nuestro héroe. Desde la finca rústica y el severo ingenio hasta el mas humilde ventorrillo, el nombre de Colibrí era pronunciado siempre con un entusiasmo que rayaba en locura.

José Andrés, el bardo de los campos, el improvisador apasionado y melancólico, el trovador por excelencia entre aquella raza de trovadores, era un jóven de veinticinco años lo mas, moreno, gallardo como un lirio silves-

tre, valiente como todos los guagiros, poeta como ellos, pero de una poesía espiritual, romántica, gemidora, que trazaba una línea divisoria entre los coplistas vulgares y el afortunado cantor, cuya privilegiada inspiración le habia merecido el nombre de Colibrí.

Tan acostumbrado estaba José Andrés á oírse llamar por su precioso apodo, que casi se habia olvidado de su prosaico nombre de bautismo.

Hijo único de un valiente guagiro de los mas renombrados de la comarca, se habia entregado al estudio de la música y de la bella literatura con todo el fuego de su poderosa imaginación; y cuando improvisaba sus coplillas acompañándose con la guitarra, los guagiros escuchaban entusiasmados aquellas creaciones melancólicas que tanto diferían de su poesía popular, y que sin embargo tenían para ellos un encanto que los arrastraba.

La poesía de los guagiros se reduce en general á décimas espresivas, pero sencillas y aun poco limadas; las improvisaciones de José Andrés eran cantos nobles, elevados y perfectamente concluidos que pudieran hacer honor á un purista; su cadencia era perfecta, su esencia una dulce melancolía que arrebatava el alma despojándola de todos los sentimientos materiales.

Versado Colibrí en la romanesca historia de la edad media, buscaba con frecuencia en ella el asunto para sus poemas, y sin descender de la altura á que se habia colocado, procuraba hacerse comprender por aquella raza indígena, vigorosa é inculta, que nace y muere cantando amores y proezas de los antiguos pobladores de la India.

Trovador obligado de todas las fiestas, de todos los bautizos, de todos los entierros, el nombre de Colibrí estaba siempre rodeado de una aureola popular que halagaba su amor propio de poeta y de guagiro, y sin embargo habia un punto al que no podia llegar y que constituye una de las principales dotes de los monteros. Aunque valiente para batirse con un rival por la mujer querida, Colibrí no hubiera podido ser jamás un buen bandido; su carácter dulce y poético como un tiernísimo idilio, le hubieran hecho retroceder ante una gota de sangre, ante la mas leve espropiación. Casto como las musas á quienes consagraba su existencia, nunca habia manchado su labio una palabra impura. Sus ensueños eran suaves como los de un niño; su amor ardiente, apasionado, inmenso como el mar, era tan espiritual, tan desnudo de afectos terrenales, como el primer amor que soñara un ángel sobre la tierra; era en fin el amor platónico.

El guagiro es siempre enamorado y galante. José Andrés no había amado nunca, porque la mujer que él soñaba no se hallaba entre las campesinas; la mujer que él había adivinado era graciosa y espiritual, era una dulce compañera asociada á sus armonías como una nota á otra nota, como una estrella á otra estrella; pero no tenía nombre, no tenía forma, era la vaga creacion de un dulcísimo sueño de hadas.

Un día cantando en el bautizo de un criollo á cuya fiesta asistían los Palmerolles, Colibrí fijó sus dulces ojos en Laura experimentando una emocion para él hasta entonces desconocida.

Había en los ojos de la criolla una tierna vaguedad, un espiritualismo tan puro, que el pecho del guagiro se dilató como si quisiese aspirar todo el aire que rodeaba á la jóven catalana, como si una voz interior le gritase: «Hé ahí tu alma compañera.»

Pero hemos dicho antes que el poeta no daba valor ninguno á la forma. ¿No era también posible que Laura fuese una de esas mujeres que lo parecen todo y no son nada, como el busto de la fábula?

Resuelto á encontrar la solucion de aquel problema que comenzaba á inquietar su dulce existencia, buscó al valiente Ascanio con el que le ligaba una buena amistad, y supo de su boca todo lo que deseaba saber.

Aquella mujer, cuyo rostro respiraba la enérgica poesia de las razas primitivas, era buena, generosa, inteligente; poco le importaba ya que fuese hermosa, ó fuese rica ó pobre; era preciso ser amado por ella ó morir.

Ay! Colibrí, que como todos los espíritus elevados se cuidaba poco de la vida material, y que por otra parte había vivido siempre con holgura, se olvidaba de que hay entre el hombre y el guagiro una inmensa valla de desprecios y sacrificios, un anatema moral que disuelve hasta los lazos mas sagrados.

Ebrio de gozo con el tesoro de su purísimo amor, siguió á Laura á todas partes como una sombra; entusiasta por todo lo grande, apenas llegó á su oído la ruidosa escena de Chateaufort, dejó asomar á su labio el nombre que había guardado hasta entonces en el santuario de su corazón, y bendijo aquel nombre en la soledad como si quisiese santificar con él su ignorada cabaña.

Ay! cuántos suspiros, cuántas noches de insomnio, de plácidos ensueños y de horribles pesadillas! ¡Cuántos cantos de amor que arrastraba entre sus blanquecinos vapores la bruma que flotaba sobre la pintoreca playa de Puerto-Escondido!

El amor secaba en Juan Andrés todas las fuentes de la reflexion; y sin embargo, por nada del mundo se hubiera presentado á cantar á su querida á caballo con la tradicional guitarra sobre el arzon como los demás guagiros.

No: él presentía que para interesar á Laura era preciso revestir aquel amor de formas mas románticas y menos sencillas que las de los monteros; entonces tomó su piragua y se hizo gondolero, apareciendo siempre antes del crepúsculo matutino, y desapareciendo entre los primeros albores como una sombra.

No se había engañado; el alma de Laura dada á todo lo maravilloso, se identificó poco á poco con aquel ser fantástico y vaporoso, al que adornó la pobre niña con todas las esencias, con todas las galas de su imaginacion de veinte años.

Cuando el guagiro leyó el billete de Laura y levantó los ojos hácia la rejá, se creyó el mas feliz de los mortales; el grito desgarrador de Laura y aquella voz que pronunció su nombre popular para apagarse en seguida en un doloroso parasismo, destruyó en un segundo toda la felicidad del trovador campesino, apagó su canto, trastornó su creencia y le hizo descender, acaso por la primera vez de su vida, á la triste realidad de la vida material.

Ay! cuando la barca se alejaba nuevamente de la playa, el gondolero silencioso se apoyaba sobre su remo con una tristeza indefinible; sus hermosos ojos fijos en las azules ondas, estaban húmedos y abatidos; su garganta muda como la tumba; el ruiseñor había olvidado su canto.

Cuando Laura volvió en sí era todavía muy temprano; Mariana la había prodigado toda clase de socorros, y cuando la señora de Palmerolles se levantó de su lecho solo notó que su hija estaba un poco mas pálida que de costumbre.

La pobre niña pasó todo aquel día en una inquietud horrible que la devoraba; Laura amaba al desconocido cualquiera que fuese su posicion en el mundo, porque su amor tampoco tenía forma ni se cifraba en intereses humanos; pero debía á sus padres obediencia, una obediencia sin límites; ¿y qué diría la señora de Palmerolles, que aunque no sabía leer era hija de una ilustre casa de las montañas de Urgel?

Por lo mismo que ella había rebajado su noble cuna casándose con Palmerolles, no hubiera consentido nunca que su hija única se enlazase á un hombre inferior á ella en pergaminos.

Pero un guagiro! un hombre proscripto de la sociedad! oh! la madre de Laura hubiera

preferido mil veces ver á su hija muerta que consentir semejante degradacion.

Laura temia, temblaba, volvía la cabeza á cada instante como si viese adelantarse á Colibrí, porque ahora la sombra habia ya tomado cuerpo.

Cuando vió á su madre dormida se echó á llorar amargamente como una niña; su frente ardía, y la almohada de batista parecia fatigar su cabeza.

Laura la arrojó á un lado, y un objeto pequeño y sonoro rodó sobre el piso de alabastro del gabinete.

La jóven saltó precipitadamente de su lecho, tomó una luz y corrió á encerrarse en la salita de labor, sentándose en un sofá para tomar aliento.

Segura ya de que nadie la veía, acercó á la lámpara de cristal el objeto que habia recogido del suelo, y su corazon palpitó de nuevo con la mayor violencia.

Era un anillo de oro liso y brillante al que venia atado un papelito cubierto de letra microscópica, pero perfectamente inteligible (1).

Laura leyó:

«Adios la del corazon noble y generoso, la de los ojos aterciopelados, adios; el grito desgarrador con que has pronunciado mi nombre me lo ha revelado todo. ¡Necio de mí que te habia creído exenta de las debilidades humanas!

«Ah! no creas que mi amor se ha rebelado contra tu desvío; me has hecho infeliz, pero yo acato tu voluntad soberana; yo te amo como el cielo á la luz, yo amo la vida porque existes tú, como amaria la tumba, si tus ojos durmiesen el pacífico sueño de la eternidad.

«Adios! yo parto lejos de tí, no quiero turbar la serenidad de tu frente pura como la de los ángeles.

«Voy á beber en el ardiente rayo del sol de la India, en su maravilloso dogma la poesía que es el alimento de mi alma.

«Cantando á Branma y á Siva con las profundas inspiraciones que presta el sanscripto, seré como ellos grande, y asombraré tal vez al mundo con mis poemas orientales.

«Adios Laura, mi desposada espiritual; la esposa de mi alma, yo te envío el anillo nupcial que no ha tocado todavía muger alguna.

«El corazon entusiasta se goza en creer

que me amas, que soy tu alma compañera como tú eres la mía.

«Voy á partir, mi cerebro enfermo me conducirá á la locura si respirase un día mas el aire que respiras.

«Adios Laura mia! adios para siempre.»

Laura miró una y otra vez el anillo de oro liso y brillante, lanzó un suspiro que salía de lo mas íntimo de su corazon, y colocando en el dedo su joya nupcial, tomó la pluma y escribió con mano vacilante:

«Te amo; te amo con todo el fuego que atesora mi alma ardiente y apasionada, como la poesía de las montañas donde vi la luz.

«Alma compañera de la mía! la sociedad ha puesto entre nosotros un abismo, pero el lazo espiritual que nos une es indisoluble, y yo te juro ante Dios no tener otro esposo que tú.

«Ahora óyeme: es preciso que tu nombre se borre del catálogo de los vivos, es preciso que mueras para la sociedad.

«Parte, parte á la India, al antiguo paraíso, canta sus selvas vírgenes, sus flores, sus maravillas, su romántico dogma, inspírete su cielo ardiente y sin rival, y al pintarnos en tus poemas las misteriosas encarnaciones de Wisnon, al levantar tu canto á la altura de los dioses indios, aclame el mundo un nombre desconocido que no revele jamás al cantor popular de los guagiros.

«Mi amor es como el tuyo, espiritual, inmenso... apenas te han visto mis ojos, y te acaricia mi alma como á un dorado sueño.

«¿Recuerdas el celeste amor de Hipatía é Isidoro? aquel amor que se eleva sobre los deseos materiales, aquel amor purificado como el amor de hermano y hermana, es el cielo sobre la tierra.

«Adios, trovador de los campos, adios otra vez; vuelve, vuelve un día regenerado á dormir en mi seno el sueño de la felicidad, y si mis ojos no han de volver á verte en esta tierra de dolores, una Dios en el cielo nuestras almas para que cantemos un eterno epitalamio á los pies de su trono.»

Laura tomó otra flor del búcaro de porcelana, ató á ella la carta, y colocándola en la reja del comedor, subió de nuevo á la salita, donde aguardó con resignacion á que viniese el día.

La pobre jóven sentía arder sus venas con el calor de la fiebre, pero aquel malestar no se parecia en nada á la inquietud del día anterior.

Laura era uno de esos espíritus fuertes, que despues de tomada una resolncion no vuelven nunca la vista atrás.

Lejos de ocultarse apoyó su cabeza en los

NOTA.—Para hacer una declaracion de amor, el guagiro lia una sortija dentro de una décima y hace de manera que su querida la encuentre debajo de la almohada. Si la jóven aparece por la mañana con la sortija en el dedo, es señal de que su amor es correspondido.—(C. de Merlin.)

hierros de la ventana, resuelta á dar á Colibrí un adiós, en el que iba envuelto un juramento solemne, como el que se pronuncia al pié de los altares.

Antes que acabase de brillar el alba, Laura percibió distintamente el ruido de los remos; su corazón no la había engañado... el trovador no podía partir sin obtener una respuesta cualquiera que fuese.

Al saltar en tierra Colibrí levantó instintivamente los ojos hácia la reja de la sala; su semblante pálido y contraído revelaba una terrible noche de insomnio.

Al ver á Laura que dejaba asomar al través de la dorada reja su hermosa cabeza coronada de bucles negros y abundantes, el guagiro se paró y miró á todas partes creyendo que soñaba.

Ella la que debía huir y ocultarse para siempre á sus ojos, le aguardaba en la reja! oh! aquella dicha inesperada era para volverse loco.

El guagiro fuera de sí se abalanzó hácia la camelia, devorando con ansiedad la carta de Laura.

—Oh! esposa mia! oh Hipatia! exclamó con acento tiernísimo, levantando hácia ella los brazos.

Laura sacó fuera de la reja su mano morena y satinada, en la que brillaba el anillo nupcial.

—Hipatia! volvió á repetir el guagiro, devorándola con los ojos, adios!

—Adios! murmuró Laura inclinando su hermosa cabeza para verle mejor, y dejando correr las lágrimas que brotaban de sus ojos; esposo mio, adios!

Levantó al cielo su mano derecha como tomándole por testigo, y desapareció de la reja como un relámpago.

Acababa de percibir á sus espaldas el ruido de una respiración comprimida... Era Mariana.

Al encontrarse frente á frente con la esclava, Laura se ruborizó; pero volviendo inmediatamente sobre sí

—Mariana! dijo con solemnidad poniendo su mano sobre el hombro de la esclava: silencio! es mi esposo y te ofrezco en su nombre la libertad.

La esclava fijó sonriendo sus ojos centelleantes en el anillo que Laura llevaba en el dedo.

Laura le repitió solemnemente su promesa.

—Oh, no, jamás! yo no quiero la libertad, quiero vivir y morir con la niña, exclamó la esclava cayendo de rodilla á los pies de la criolla.

—Mi madre! exclamó Laura guardando en el pecho su anillo, y poniéndose pálida como la muerte.

SETIEMBRE.

—Vamos, niña! dijo la esclava tomando un vistoso mazo de plumas de colores; si digo yo que su melsé no puede ocuparse en estas fatigas.... pobrecita niña! y todo por descansar á la madre!

Cuando la señora de Palmerolles entró en la salita de labor, Laura aunque pálida y fatigada ayudaba á Mariana en las faenas domésticas.

Apenas Laura habia desaparecido de la reja, Colibrí saltó de nuevo en su piragua y se alejó rápidamente de la costa, entonando un canto tristísimo como un eterno adiós.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

ESCAVACIONES EN NÁPOLES.

Dos colonias, nombradas Cumas, se conocían en la antigua geografía. La Cumas situada en el golfo de Smyrna, hoy Fayanova, patria de Hesiodo, de Ephoro y de la Sybilla, famosa por sus oráculos, que vino á establecerse á la Cumas de los Ópicos, ó de la Lucania; la cual debía á aquella su origen.

Dicho punto es el único lugar de las cercanías de Nápoles en que han empleado este año pasado sus investigaciones los anticuarios, bajo los auspicios del conde de Syracusa. Uno de los salones del palacio de S. A. R. se ha transformado en museo para los descubrimientos de Cumas; y en ese lugar espléndido se ostentan verdaderas preciosidades.

Tan variados, tan numerosos son los objetos espuestos, que nos es imposible describirlos en detalle: adornos de oro y plata, camafeos, brazaletes, collares que venían á realzar la hermosura de las siempre rivales griegas y romanas. Algunos brazaletes en espiral han conservado su elasticidad primitiva.

Hay cristales griegos, objetos sumamente raros, de una forma elegante, de una calidad superior, que no se puede menos de ambicionar el poseerlos. Mencionaremos especialmente un untuario de proporciones tan delicadas, que parece haber servido para una hada; y un lacrimatorio de soberbio onyx. Los vasos de barro constituyen á su vez una parte muy notable de la colección: los hay de las épocas mas remotas y de las mas recientes, colocados por orden cronológico.

Véanse jarrones griegos de los mas remotos tiempos, que solo ofrecen vestigios de pintura. En otros campea el tipo etrusco y el egip-

cio; viéndose tal cual variedad de forma esbelta, de superficie blanca y bien pulimentada, adornada de oro, y que une la riqueza á la pureza de la forma mas delicada. La mayor parte de los jarrones de la famosa Cumas han sido descritos en una obra muy bella, á la que remitimos al lector, y que es debida al notable anticuario Sr. G. Forrelli. En ella resaltan diez y ocho láminas, que representan estos jarrones.

(Del *Athenæum*.)

MUSICA SAGRADA.

DISPOSICIONES TOMADAS EN VARIAS ÉPOCAS PARA CORTAR LOS ABUSOS INTRODUCIDOS EN ELLA Y REFORMAR LA DE ITALIA.

La música sagrada ó de la Iglesia católica, ha sido mas de una vez objeto de censura de los prelados de la cristiandad por los altos abusos que fueron introducidos en ella, dando lugar á disposiciones que los reprimiesen, pues hasta el mismo canto llano sufrió adulteraciones que hubieron de repudiarse. Recurriendo á la historia encontramos que los trovadores militantes del siglo XIII introdujeron en Occidente el gusto del canto adornado, y que esos elementos melódicos se propagaron tambien en el canto llano. A mediado del mismo siglo los cantores italianos rompieron el freno en la observancia de las reglas entonces establecidas, aplicando en el «discantus», ó canto eclesiástico, todos los adornos que se usaban en la música profana, con cuyo estilo no solo se faltó á las conveniencias religiosas, si que tambien al buen sentido. Los eclesiásticos instruidos y los artistas de buen gusto se quejaron en gran manera de semejante abuso, acudiendo á la poderosa intervencion del papa Juan XXII, que dió una bula proscribiéndolo de la Iglesia. La medida tomada por el pontífice se dirigió mas principalmente á suprimir todos los adornos estraños y elementos parásitos al primitivo canto, que no al fondo del canto llano y á su armonizacion.

En su consecuencia debió reaparecer en su noble sencillez el canto gregoriano é imprimir en las ceremonias religiosas su antigua majestad, su sabor secular que inspira siempre recogimiento, veneracion y respeto. Mas, si bien fué reprimido por algun tiempo el abuso en la música sagrada, volvió á resucitar mas tarde con otros aun mas monstruosos, ya sea que los sucesores de aquel pontífice se mos-

trasen menos severos por el respeto debido á esta parte tan esencial del culto, ya fuese á causa de una profesion irresistible hácia la general relajacion de aquellos tiempos licenciosos.

A fines del siglo XIV la ciencia armónica hizo notables progresos; pero si los armonistas fueron mas hábiles en el arte de componer, esclavos sin embargo de las exigencias sociales, solo tuvieron interés en lisonjear el gusto dominante de los grandes, tomando por temas de sus composiciones los cantos favoritos de sus protectores. Poco celosos de la parte melódica, á la que se acostumbraron á mirar con indiferencia, sintiendo sin embargo la necesidad del progreso, fijaron sus miras en las combinaciones puramente de la ciencia; es decir, en los procederes mecánicos de la composicion. De aquí nació la invencion y mas tarde la admision casi esclusiva en sus obras de las formas condicionales, tales como las *imitaciones*, los *cánones* de toda especie, y todo lo que constituia el estilo fugado. Estas formas llevadas al extremo debieron ocasionar no solo abusos perniciosos al verdadero sentimiento musical, si que tambien convertir el arte en un frio cálculo, apartándolo cada dia mas de su objeto, que ante todo debe ser la espresion de los sentimientos y las aspiraciones del corazon humano. Por consiguiente, privar á la música de la melodía era quitarle su principal elemento de vida. Otro mal mas deplorable aun se añadió á la música religiosa, con introducir en ella temas mundanos, escogidos por los compositores para hacerse agradables á los altos personajes que daban el tono en la sociedad; temas que llegaron á ser el motivo principal y la base de las piezas de conjunto. Canciones jocosas y hasta licenciosas, con su texto popular, fueron tambien intercaladas en las obras religiosas; y parece increíble que semejantes asuntos se cantasen al mismo tiempo que las palabras litúrgicas. A mas, para mejor caracterizar las composiciones plagadas de tales monstruosidades, se solia reproducir en ellas, lo mas frecuente posible, la cancion que les servia de base; y esas canciones tuvieron el privilegio de dar su nombre á las obras en que se introducian.

Tal era el triste estado de la música religiosa cuando el concilio de Trento se reunió en 1545, primero para poner remedio á los males que causaban á la Iglesia los ataques de Lutero y sus correligionarios, y despues para ocuparse tambien de las demás cuestiones que interesasen al culto católico. Los escandalosos abusos que invadieron el canto eclesiástico, debieron fijar la atencion de los doctos prelados reunidos en aquel concilio, y como

era de esperar, su austera sabiduría vituperó enérgicamente tantos desvaríos, mandando que cesasen prontamente. Cerrado que fué el concilio de Trento en Diciembre de 1563, el pontífice Paulo IV tomó sus medidas para poner en planta los diversos decretos dados por dicha asamblea, y nombró una comisión especial de prelados y artistas, la cual decidió: "que en adelante no se cantasen en la Iglesia misas ni motetes en los que se mezclasen palabras diferentes de las sagradas, y que serían desterradas para siempre del lugar santo las misas compuestas sobre temas de canciones profanas."

Pero no bastaba impedir la introducción y uso de la música anti-religiosa en la casa del Señor, sino que era necesario restablecer la música sagrada en su estado normal, á su verdadero carácter, conservándole todos los elementos del progreso armónico producidos en los dos siglos anteriores; aplicarlos de un modo racional, y sobre todo con las condiciones dignas de los cantos litúrgicos y del culto á que estaban destinados. Para esto necesitábase de un hombre predestinado, y este fué Juan Pierluigi de Palestrina.

Encargóse, pues, á este célebre músico la composición de una misa modelo, en la cual la grandeza, dignidad y majestad del servicio divino se conciliasen con las exigencias del arte, tal como lo comprendieron los compositores eminentes de aquellos tiempos. Habiase decidido que, si la composición de Palestrina llenaba todas las impuestas condiciones de alta conveniencia, se conservaría la música de iglesia ó que se escluiría enteramente de ella en caso contrario. Conociendo el eminente compositor toda la gravedad de la situación y el inmenso peligro que amenazaba al arte religioso, al que profesaba culto profundo, sin arredrarle la enorme responsabilidad que habia de pesar sobre él, ni la severa cuenta que la posteridad pediría á su memoria si saliese mal de tan difícil empresa, se encargó de la alta misión que se le confiara, con la confianza que Dios infunde en el corazón de los predestinados. Invocando Pierluigi el apoyo supremo del que enciende el fuego creador, del que vivifica, ilumina, guía la inspiración, y lleno de un santo entusiasmo, escribió tres misas á seis voces en vez de una. Llegó el día de la prueba ó ejecución de ellas, y si las dos primeras se hallaron bellas é hicieron una sensación profunda, la tercera fué causa de admiración y de grande entusiasmo. El fallo no pudo ser dudoso, la composición de Palestrina triunfó, y su obra fué señalada por modelo ó tipo de música religiosa en todas las iglesias

del culto católico en Italia, por la dulzura angelica de sus sencillas melodías y por su suave y rica armonización.

Desde entonces restauróse la pureza y unión de la música religiosa en Italia hasta principios del presente siglo, en que el gran desarrollo que alcanzó la música dramática influyó de nuevo en el estilo de la sagrada, adulterando su esencia, aunque ni con el excesivo abuso ni el escándalo de los tiempos anteriores á la época de Palestrina. Mucho debieron haber cundido el abuso y adulteración de la música sagrada en las iglesias de Italia, cuando quince años atrás ya el eminentísimo cardenal vicario reclamó contra el estilo teatral y profano del canto é instrumentación de la música sagrada. Parece que fueron olvidándose las disposiciones tomadas entonces á que debieron sujetarse los maestros de capilla y los superiores de las iglesias, cuando á fines del año pasado el mismo cardenal vicario pasó una circular que tenemos á la vista, para poner otra vez en vigor la puntual observancia de los anteriores avisos. En dicha circular se dispone, por orden expresa de S. S. Pio IX, entre otras cosas: Que se debía obtener superior permiso para usar instrumentos en las iglesias, escluyéndose empero los de percusión y demás que sean muy ruidosos. Que se guardase la gravedad en la música de capilla sin mezcla de piezas teatrales, evitando la repetición é inversión de palabras. Se prohíbe á los organistas que toquen música dramática ú otra bulliciosa. Que todas las partes del oficio divino empiecen, se sucedan y concluyan sin interrupción para no destruir la unidad apetecida, y se canten con gravedad pronunciando las palabras distintamente. Que las ceremonias ó funciones de la mañana se terminen á mediodía, y las de la tarde al *Ave María*. Están continuadas en el mismo decreto otras disposiciones que tienden á que los maestros de música, cantores é instrumentistas eviten las irreverencias, haciendo responsables á los primeros, á los organistas y á los rectores del cumplimiento de ellas, y conminando con multas pecuniarias las contravenciones, hasta la privación de empleos en caso de reincidencia.

Parece que desgraciadamente en algunas iglesias de España han fructificado los abusos y escándalos introducidos en la música sagrada; pues vemos en *La Cruz*, periódico religioso de Sevilla, que al transcribir la circular que hemos extractado, la acompaña con notas, en las que se lamentan sus redactores de los muchos y graves abusos que subsisten en la música sagrada en las iglesias de aquella ciudad.

Afortunadamente para el arte religioso no hay que lamentar vicios y escándalos tamaños en los templos de esta capital; mas sin embargo, algo hay que reformar en la música de las iglesias, en cuyos sagrados lugares alguna que otra vez, aunque pocas, se oyen composiciones de un estilo poco religioso, y ejecutadas con una pompa y estrépito harto profanos para que conviden al recogimiento y evoquen en el alma de los fieles el espíritu de reverencia, misticismo y devoción propios del templo del Señor, y que requiere el género sagrado. Creemos que si los jóvenes compositores que van floreciendo entre nosotros con buenas disposiciones para la música sagrada, no olvidasen esas circunstancias, y que para imprimir el carácter que conviene al género meditasen y estudiasen la índole de las composiciones de los maestros anteriores y alguno de los contemporáneos, que se distinguieron y alcanzaron una merecida reputación en el cultivo de la música religiosa; es de creer, repetimos, que con estos esfuerzos y algunas prudentes medidas que pudiera y debiera dictar la autoridad eclesiástica, la música sagrada entraria en nuestras iglesias por la verdadera senda de que no debiera apartarse, y de la cual es fácil se descarríe si no se contrarestan las tendencias que la amagan.

ANTONIO FARGAS Y SOLER.

REVISTA DE MADRID.

MES DE AGOSTO.

SUMARIO.—Dos palabras que pueden servir de introducción.—Bosco.—Pablo Iradier.—La condesa Valentini.—Teatros.—Conciertos.—Madrid se incendia.—Madrid se hunde.—La resurrección de Madrid.—Una apuesta singular.—Censura de novelas.

El director de LA MODA, lectoras mías, es un gran conocedor del corazón humano.

Así lo ha demostrado al encargarse de las revistas de Madrid á una mujer.

Porque la mujer es curiosa por naturaleza, preguntona por costumbre y muchas veces por la bondad de sus sentimientos: las aventuras galantes la interesan y su relato la distrae; lo que tiene algun viso de novedad la encanta y la seduce.

De mí sé decir que gusto con extremo de todo lo que es nuevo: la última moda es la mas graciosa para mí: el drama mas moderno

el que mas interés me inspira por mas que mi alma guarde huellas indelebles de otros: las reuniones del año que corre me parecen tan amenas que en ellas olvido las del que ya pasó; y creo que las anécdotas mas recientes son las que mas conmueven de cuantas he oído.

Y no penseis por eso que soy inconstante ó versátil por naturaleza; en lo que toca al corazón, la mujer es casi siempre tierna, firme é invariable; mas en lo que atañe á los sentidos tiene esa ligereza, esa variedad de impresiones que es lo que forma el encanto de su carácter.

La vivacidad de su imaginación es enemiga de la monotonía, y solo, cuando llega al invierno de la vida, es grave. ¿Dónde estaria si no nuestro imperio? ¿Por qué seria agradable nuestro trato? ¿Sobre qué fundaríamos nuestro dominio? El ser que tiene cerrado el santuario de la ciencia, que carece del energético atractivo de la fuerza, que vive entre las penas del hogar doméstico ¿dónde afianzara ese dulce ascendiente, si no le sostiene en la tranquila alegría de una imaginación flexible que adquiere á cada instante impresiones nuevas, pero siempre frescas, lozanas y rientes?

La mujer, dice un escritor español muy célebre, *debe estar siempre cantando como el pájaro*; para seguir este precepto, pues, la mujer ha de buscar la distracción, el movimiento y los placeres que no se oponen á lo que la sociedad exige de su decoro, de su ternura y de su delicadeza, y nadie, como una mujer, puede estar al corriente de esos acontecimientos que dan á conocer el carácter de nuestra sociedad actual, de esas peripecias que el hombre desdeña con su arrogante comprensión y cuya mejor parte adivina el instinto perspicaz de la mujer.

En mis revistas, pues, amadas lectoras, encontrareis todas las novedades dignas de saberse: las pasiones humanas, en constante y perpetuo movimiento y en creciente ascenso, dan siempre materia para la narración, y como es muy cierto, que nada conmueve tanto como la verdad, nada hay tan vasto y variado como el teatro de la vida.

Hoy començaré por daros cuenta de lo que mas llama la atención en la coronada villa, es decir, por hablaros de Bosco, del hombre que, si hemos de dar crédito á cierto libro que anda por aquí, goza de una celebridad semejante á la de Napoleon.

El día 15 y en el teatro de Tirso de Molina dió su primera función de *magia-egipciaca*, así llama él á sus habilidades.

Todo Madrid la esperaba ansioso, porque habeis de saber que Madrid es sumamente cu-

rioso y amigo de novedades y espectáculos.

Un ciego que cante en una calle, aunque con voz vinosa y al compás de una mal templada guitarra, atrae en torno suyo un auditorio numeroso.

Un pobre extranjero nómada con un organillo y una mona lleva tras sí una multitud, no solo compuesta de muchachos sino también de personas adultas.

Los titiriteros, los magnetizadores, los farantes de todas clases, consiguen llamar, al menos por el pronto, la atención general.

Es verdad que casi siempre son silbados como sucedió al magnetizador La-Roché Lambert de triste recordación, y á su ridícula acompañanta.

Pero en fin, los madrileños son tan intolerantes para soportar un engaño como fáciles de impresionar, y por consiguiente se olvidan muy pronto de los chascos que reciben con el anuncio de otras novedades.

Tres días antes de la función de Bosco no había ya billetes, habiéndose pagado todos, no al precio algo subido por cierto que señaló el mago, sino al que exigieron los revendedores.

Bien es verdad que Bosco se ha anunciado con una diplomacia admirable, con cierta dignidad aristocrática, no solo nunca usada, sino hasta desconocida de todos los prestidigitadores que hasta hoy hemos visto.

Apenas llegó Bosco á Madrid todos tenían noticia de su rara habilidad, todos sabían que tenía cincuenta años, hermosos cabellos de plata, figura distinguida, que vestía con esmero y elegancia, y á los pocos instantes, Bosco era el objeto de todas las conversaciones.

Las suertes de escamoteo que hace son muy aplaudidas por la limpieza con que las ejecuta: en las de prestidigitación no agrada tanto porque á pesar de su agilidad y destreza, no está tan feliz como en aquellas.

Sin embargo, Bosco ha sido aclamado por unanimidad el príncipe de los magos.

En el teatro del Circo se han dado estos días algunas funciones para que hicieran su *debut* el señor Iradier, hijo, y la señora Condesa Valentini, que trataba de ajustarse.

El primero se presentó en la comedia *Maruja* á desempeñar el papel de *Colás*, y el de *Teodorito* en *Buenas noches, señor don Simon*: su éxito no debe haber satisfecho al señor Iradier; en cambio le habrá demostrado que no siempre el que consigue hacerse aplaudir en una sala, puede cantar victoria en un teatro.

La Condesa Valentini á quien acababa de ajustar el señor Valero, eligió el difícil papel de la Duquesa del Puerto en la linda comedia

titulada *A muerte ó á vida, ó la Escuela de las coquetas*, y lo desempeñó con mucha gracia y naturalidad, si bien demostró en algunas situaciones su poca experiencia en el arte dramático.

La señora Llanos, Condesa de Valentini, es una joven que no pasa, al parecer, de los 24 años, alta, esbelta, de figura delicada y nerviosa: su frente es la facción mas graciosa de su rostro por su lindo corte y tersura; apenas estaba pintada y su cutis ostentaba esa transparencia trigüeña y animada que revela tan perfectamente la sensibilidad de quien la posee: tiene los ojos oscuros y hermosos, la boca grande, pero agradable y fresca, el cabello castaño y abundante, las manos y la garganta en extremo lindas: en suma, es mas que una mujer hermosa, es una joven simpática y una actriz de corazón é inteligencia que acabará de perfeccionarse al lado del señor Valero: el público hizo justicia á sus bellas dotes colmandola de aplausos y arrojándola muchas flores.

En el segundo acto lució un traje de baile de una rara sencillez y de una gracia esquisita: componíase de crespon blanco sembrado de grandes pensamientos: sobre todo la corona de laurel rosa que la ceñía la cabeza, llamó mucho la atención por su elegantísima forma.

Hasta ahora cinco son los teatros que tendremos de seguro en la próxima temporada; el Real, El Príncipe, Jovellanos, El Circo y Novedades; y si, como se dice, abren también sus puertas Lope de Vega, Tirso de Molina y Variedades, este último con la compañía francesa, ya ven mis lectoras que no faltarán recursos para no morir de fastidio durante las noches del invierno á los madrileños que, por su posición ó por su carácter, no disfruten de las muchas y animadas *soirées* que anuncia ya nuestra aristocracia.

No han escaseado sin embargo en este mes los conciertos y las reuniones. Las funciones dadas en el jardín del Tiboli y promovidas por las señoras de la Real Asociación de Beneficencia han proporcionado ratos deliciosos á las personas que no han podido salir á veranear, y con sus productos, un consuelo á los que gimen en la miseria.

Muy animados han estado los conciertos que han celebrado el Sr. Güell, el conocido compositor Sr. Espin, el joven pianista Sr. Ta-boada y el barítono Sr. Longoni.

En casa del Sr. Güell compartieron los aplausos de la reunión la señora de la casa, la de Noguerras, la de Gueren, y otras que no recuerdo, el tenor Olivares y el pianista Zabalza.

En la del Sr. Espin dividieron los aplausos la música y la poesía como dos buenas herma-

nas; la señorita Julia Espin es una joya artística, tanta es la belleza de su voz, la pureza de su estilo y el sentimiento con que canta. Su hermana Josefina se hizo también aplaudir de los concurrentes, así como el Sr. Guallard y el Sr. Espin, hijo, quien ejecutó en el piano con suma limpieza y maestría algunas difíciles composiciones: este joven, que acaba de llegar del extranjero, ha merecido la honra de recibir de manos del Sr. Auber, director del Conservatorio de música de París, un ejemplar del *Guillermo Tell*, por haber ganado el premio de la clase de armonía en el curso de 1857 á 1858. Las composiciones poéticas que se le oyeron gustaron mucho y fueron muy elogiadas, siendo sus autores la Sra. Sinués de Marco y los Sres. Palacio, Marco y Velasco.

En casa del Sr. Taboada oímos entre otras lindísimas piezas, un dúo de la zarzuela titulada *De burlas á veras*, que ha escrito el Sr. Marco y ha puesto en música aquel joven compositor.

Así como los conciertos, han abundado en Madrid, por desgracia, los incendios.

Los mas notables han sido el de S. Cayetano, producido por una exhalación, y cuyos daños se calculan en 20.000 duros, y el del Cuartel de Guardias, cuya reparación asciende á muchísimo mas.

El Ministerio de la Guerra ha destinado un millon de reales para que se proceda inmediatamente á su reedificación. Aquí no puedo menos de repetir lo que ha dicho un eminente crítico. "Lástima es que la iglesia de S. Cayetano no pertenezca al Ministerio de la Guerra!"

Mas ay! no contentas las casas con quemarse parece que han determinado echarse al suelo rendidas de cansancio.

Tres hundimientos ha habido en la mañana del día 19; uno en la parte de la casa que ocupa el café del Iris, cuyo dueño ha sufrido, según se dice, una pérdida de mas de 30.000 duros, sin contar los gastos de reparación del edificio que es de su propiedad.

Otro hundimiento ha tenido lugar en la calle de Lope de Vega; ni este ni el anterior han ocasionado milagrosamente desgracias personales.

No así el tercero, que, aunque de menor importancia, pues solamente al agrandar una puerta de la casa de la Villa se vinieron abajo los sillares del dintel superior, ha causado la muerte á un anciano que se ocupaba en cuidar caballos y ha dejado en la mayor miseria á su desolada familia.

Pero si Madrid se hunde y se quema, pronto llegará el día de su resurrección.

Es cosa resuelta su ensanche por la parte de la puerta de Alcalá.

El día 10 de Octubre, cumpleaños de S. M., correrán según se dice, mas de veinte fuentes del canal de Lozoya.

También en el día 10 de Octubre se asegura que se pondrán las primeras piedras de los edificios de la Puerta del Sol, de ese punto tan céntrico en la corte que tanto da que hablar á nacionales y extranjeros, y que por sus formas ha sido siempre lo mas feo de la coronada villa.

Las pocas gentes que han quedado en Madrid van á buscar un alivio contra el calor, á las sombrosas arboledas del Retiro y de la Fuente Castellana.

Por mas que se diga que Madrid es un arenal, hay también en él sitios deliciosos llenos de verdor y de frescura.

No hace muchos días que uno de los que mas abominan del Madrid soñoliento de estío, y que por sus circunstancias particulares no puede dejarle, se dirigió paseando lentamente y con un libro en la mano á los bosquecillos del Retiro.

Era el joven conde D... cuya madre no puede salir de la corte por estar tullida hace muchos años, y que no consiente tampoco en separarse de su hijo.

El joven llegó al Retiro, cerró el libro y se sentó en un banco de piedra, volviendo á abrirle en seguida.

Leía el *Amaury* de Dumas, esa novela en la cual está reunida tanta poesía y sentimiento.

De repente oyó un ligero ruido y vió cruzar á una linda joven por un bosquecillo que había á su espalda.

Era rubia y delicada como la *Magdalena* de *Amaury*: llevaba un vestido blanco y liso y un sombrerito de paja sin mas adorno que una cinta azul.

A la entrada del bosque había un carruaje y dentro de él una señora anciana y lujosamente vestida.

El conde siguió á la joven que se sentó frente del *parterre*, sacó un lápiz y un pliego de papel, y se puso á copiar los jazmines y las dalias que se estendían á su vista. El conde se le acercó y la saludó con la cabeza, tomando asiento al lado suyo con bastante atrevimiento.

—Hermosas flores! dijo tras un rato de silencio.

La joven no contestó y siguió dibujando tranquilamente.

—Hablo de las que hace brotar la linda mano de V., señorita, insistió el conde.

—Hola, Gustavo! deje V. á esa niña y venga á saludarme; dijo á este tiempo la dama del

coche que habia reconocido al conde.

—Ah, marquesa! exclamó el joven volviéndose y acercándose á la anciana; no habia reconocido á V.

—Lo creo, contestó la jovial señora: si tuviera diez y ocho años como María, no sucedería eso; en castigo va V. á darme el brazo y acompañarme á dar una vuelta por esta calle de árboles, mientras María dibuja sus flores.

—¿Quién es esa niña encantadora? preguntó en voz baja el joven conde, ofreciendo su brazo á la marquesa con sumo gozo, pues así podía satisfacer su curiosidad.

—Es una florista.

—Una florista! repitió el joven que sintió desvanecerse todas sus ilusiones.

—Una florista, sí, señor; una florista que ocupa un cuartito bajo en mi palacio que yo le cedo de valde á su pobre madre anciana y enferma.

—Pero ha venido aquí con V?

—Sí por cierto; María aprovecha las mañanas que yo salgo para venir á copiar estas bellas flores, que luego reproduce con rara perfeccion.

—Mas ese aire de elegancia... ese porte tan distinguido....

—Qué quiere V.! María ha nacido dama, como V. ha nacido conde: bien pobre es su trage!

Al cabo de un rato, la marquesa llamó á la joven que subió al carruaje con ella y con el conde.

Cuando se apearon á la puerta del palacio de la marquesa, el conde estaba profundamente enamorado de María, que, por su parte, no adivinó ni remotamente la impresion que habia producido y que conservó la mas perfecta tranquilidad.

María entró en su cuartito del piso bajo y el conde acompañó á la marquesa al principal.

Bien pronto divisó, á través de los árboles del jardín, la ventanita de María, cuyos cristales estaban cubiertos por unas cortinillas de muselina, algo recogidas para dar paso á la luz: María se hallaba sentada delante de una mesilla cargada de hierros para hacer flores y de flores sin concluir.

—Es en vano que contemple V. tanto una presa que no ha de ser para V.; dijo sonriendo la marquesa: María ama á un pobre pintor, primo suyo.

—Bah! Yo haré que le olvide.

—Nada es capaz de hacer que ella olvide al que ama: nada, ni una corona de condesa.

—Espero que me ame ofreciéndola una de diamantes que vale menos.

Yo apuesto 20.000 duros, que es el valor de la mas rica diadema de diamantes que hay en

casa de Ansorena, á que ni siquiera consigue V. de ella una esperanza.

—Yo apuesto otros 20.000 á que me ama, marquesa.

—Aceptado.

—Adios, marquesa.

—Adios, conde.

Este salió cantando y considerando como ganados ya los 20.000 duros.

Nadie sabe lo que el conde hizo para salir vencedor; pero es lo cierto que á los ocho dias de la apuesta, María que habia fijado para dentro de tres meses el dia de su casamiento con su primo, se enlazó con este en la iglesia parroquial de San Luis, siendo su madrina la marquesa que dió una espléndida comida á los novios.

Uno de los pocos convidados á ella fué el joven conde D....

Al entrar, puso silenciosamente en manos de la marquesa una cartera de piel de Rusia, que contenia 20.000 duros en billetes de Banco.

La marquesa se acercó al novio.

—Mi querido Enrique, dijo, el señor conde D.... suplica á V. por mi mediacion que acepte este regalo de boda que le ofrece.

Mi buena y hermosa María, continuó volviéndose á un lacayo que tenia en la mano una salvilla de oro en cuyo centro resplandecía una magnífica diadema de diamantes: hé aquí mi regalo.

La marquesa se habia portado noblemente: ni una palabra habia dicho á la joven de su apuesta: dejó á su virtud que luchase y venciese sola, porque conociéndola, la hizo justicia, y luego la pagó con todo el fruto de la apuesta y con un tierno cariño hácia los jóvenes esposos á quienes no ha permitido que se separen de su lado.

Voy á terminar esta revista diciéndoos que los novelistas españoles están de enhorabuena. El Gobierno acaba de acordar que se censuren las novelas originales por entregas dejando vigente lo resuelto anteriormente respecto de las traducidas. Ya era tiempo de que se hiciera algo en favor de la literatura nacional. Dícese que los escritores van á nombrar una comision permanente, para que represente cerca del Gobierno los intereses de todos, que desde luego han de ganar mucho, uniéndose aquellos con los lazos de una verdadera hermandad.

PAMELA.

À MENCIA.

Huid, recuerdos, de la mente mia,
No vengais mi reposo á interrumpir,
Hartas horas de afán y de agonía
Al corazon habeis hecho sufrir.

Por qué me buskais ya, rotas visiones
De un alcázar perdido de ilusion?
A dónde caminais, como girones
De nubes que desgarran el aquilon?

Quién os abre las puertas de la tumba?
Quién os viene del polvo á levantar?
La mano donde está que así derrumba
De vuestra calma el olvidado hogar?

¿Roereis incesantes mi memoria,
Temerosas fantasmas sin color,
Vagos destellos de mentida gloria
Que alumbráis los senderos del dolor?

Oh! si fin hallará vuestro destino
En la tétrica voz de mis cantares,
La lira pulsaré, mas el camino
Emprendereis despues á otros lugares.

I.

Riendo alegre la esfera,
Jugando el aura perdida,
Vertiendo amor la pradera,
Era una tarde adormida
De la hermosa primavera.

Suspiros hondos mi pecho,
Su belleza al contemplar,
Lanzaba de trecho en trecho,
Entre lágrimas al par
Que elaboraba deshecho.

Que es muy triste al corazon
Vertér incesante llanto
Por una muerta pasión,
Sin poder gozar en tanto
Las dichas de otra ilusion.

Donde quiera que los ojos
Indiferentes tornamos,
Airados vibran enojos,
Porque allí solo encontramos
Un bosque lleno de abrojos.

Y es entonces el vivir
Un oscuro calabozo,
Do jamás vemos lucir
El brillante sol del gozo,
Ni las rosas del reir.

Polvoroso un arenal
Que se cruza al albedrio
Con la voz del vendabal



Y entre el fuego del estio,
Sin oír un manantial.

Y quizás esa amargura
Oculto placer mitiga,
Cuando la mente figura
Que nos va á tender amiga
Su mano, la sepultura.

Que no bastan de la tierra
Consuelos entonces, no;
Jamás las heridas cierra
Que en el alma nos abrió
Una vez en cruda guerra.

Su mal solo adormecer
Puede el bálsamo del cielo,
Que á la tierra al descender
Lo miramos con anhelo
En formas de una muger.

Muger...! cuando mas crecia
Esa tarde mi pesar,
En ráfaga de alegría
Que del cielo descendia
Ante mí la ví pasar.

Y en ella al clavar mis ojos,
Absortos de admiracion,
Lentamente mis enojos
Huían del corazon
Sin dejar leves rastros.

II.

Espléndida vision, perla escogida
En los jardines mismos del eden,
Para adornar tal vez orgullecida
De algun monarca la arrogante sien.

Fantástico vapor que se divisa
Del lejano horizonte en el confin,
Y en las débiles alas de la brisa
Cruza los cielos hasta haliar su fin.

De abril en la mitad, una alborada
Entre lechos nacida de arrebol,
Que al despertar el mundo, su mirada
Pinta en las cumbres encendido el sol.

Estrella arrebatada á la corona
Que circunda la frente celestial,
Y en sus destellos fúlgidos pregona
De la ventura el claro manantial.

Su rostro coloró la primavera,
En sus ojos el mar su azul pintó,
A torrentes el sol su cabellera
Por sus espaldas pródigo tendió.

Artífice sublime, la arrogancia
Consiguiera en su taller modelar,
Del álamo en el soto, que la estancia
Donde habita el Eterno va á escalar.

Escúchase su voz en el gemido
Súave y melancólico á la vez,
Que levanta el arroyo desprendido
Con la que presta agosto, languidez.

Es su alma santuario de pureza
Velado con las nubes del pudor,
En corrientes brotando de limpieza
Es su pecho la fuente del amor.

Inspiracion grandiosa de un artista,
Maravilloso engendro de alto Dios,
Cual delante del ábrego la arista
Quién juguete de tí no marcha en pos?

Has venido quizás, de mi existencia
Su entusiasmo perdido á enardecer,
Y entre tus propias manos con violencia
Sofocado á dejar mi padecer?

De tu acento la música indecisa
Dolores para mí murmurará?
O acaso cada mágica sonrisa
Un nuevo desengaño me traerá?

Aurora eres tal vez que en lontananza
Me señala risueño el porvenir,
O lago al parecer de venturanza
Que en su fondo el pesar se mira hervir?

Quien quiera que tú seas, mensajera
De la noche del mal, ó el sol del bien,
Lanzaré tras de tí yo mi carrera,
Cruzando por la tierra con desden.

Estático ante tí contempla el mundo
De magnífico ensueño una vision,
Mariposa gentil que al barro inmundo
Colérico arrastrara el aquilon.

Mencia...! para mí fuente secreta
Que dichas me promete por do quier,
Cadena misteriosa que sujeta
Acaso á su pesar todo mi ser.

Mencia entre la voz del torbellino
Atronando la tierra, sentiré;
Por las ondas de arroyo cristalino
Mencia blandamente escucharé.

Contemplaré tu imagen en los cielos,
Oír tu acento en el sereno mar,
Me prestarán las auras sus consuelos,
A tí en las flores pensaré yo amar.

ANDRÉS G. DE GAVIRIA.

LA PLAYA DE SANLÚCAR.

Los que buskais un cielo de plácidos colores,
de sol ardiente y puro, de luna virginal,
SETIEMBRE.

un delicioso viento que murmurando amores
os hable y acaricie con vuelo desigual;
los que vivís soñando regiones de armonía,
mansiones de belleza fantástica, ideal,
venid adonde luce con mas fulgor el día,
donde enlazados crecen las vides y el rosál.

Aquí las plantas florecen solas,
aquí tranquilas vienen las olas
llenas de conchas y de coral.
Aquí es perfume todo el espacio:
de la natura templo y palacio,
todo refleja luz inmortal.

Alma, mi alma, dime,
¿por qué suspiras?
¿Tal vez en esta playa
sueñas, deliras?
¡Oh pensamientos!
Como se van las hojas
id con los vientos.

De la estendida playa por la menuda arena
donde las aguas gimen con espirante son,
donde el sol mas dorado, la noche mas serena,
endulzan los pesares del triste corazon,
mirad de cien hermosas el pié desnudo y breve,
mirad de sus cabellos la airosa ondulacion,
y el mar que al recibirlas entona blando y leve
con lánguidos murmullos suavísima cancion.

Ellas mas blancas que las espumas,
libres cual aves de ráudas plumas
que el vuelo llevan á otra region;
nadando rien, juegan nadando;
las besa el aura que vá pasando,
les dan los cielos su pabellon.

Desplega el ancha vela
cual fugitivo;
si tardas, navegante,
quedas cautivo.
Naturaleza
irresistible encanto
dió á la belleza.

Dejando atrás de Córdoba las palmas orientales,
dejando de Sevilla los olmos y el laurel,
á reclinarte llegas, oh Bétis, en corales,
en este de Sanlúcar espléndido vergel.
Su playa te recibe con amoroso seno,
el mar sale á buscarte, su mágico dosel
te brinda un firmamento magnífico y sereno
que no oscurece nunca la tempestad cruel.

Playa dichosa, playa querida,
70

comó la abeja por la florida
pradera busca rojo clavel;
así te busca siempre el poeta,
y de su genio la llama inquieta
si antes dormía, despierta en él.

Porque en tí, playa hermosa,
playa divina,
es el sol mas fulgente
cuando declina.
Son mas suaves
sombras, luces y vientos,
flores y aves.

Para que nunca fuese que el férvido oceano
sañudo te inundara con ondas mil y mil,
te coronó de rocas la Omnipotente mano
que guardan el tesoro de tu beldad gentil.
En ellas leen las aguas las sempiternas leyes
grabadas hondamente con místico buril;
las escribió quien hizo con un soplo los reyes,
quien dió existencia al caos y lluvias al abril.

Luego los hombres que te admiraron,
astro de gloria, luz te llamaron,
perla sin mancha de polvo vil.
Y en tí fijaron templo y morada,
y tú seguistes engalanada
tan hechicera, tan juvenil.

Genios de los placeres,
parad el vuelo;
si buskais bellas tierras,
este es el cielo.
Cielo que inspira,
al corazon amores
fuego á la lira.

NARCISO CAMPILLO.

À DIOS.

PLEGARIA.

Dame mi Dios, la mística armonía,
El fuego sacro que tu ser encierra...
Para elevar esta plegaria mía
Sobre el nivel de la mezquina tierra;
Dame una inspiración para mi canto
Y escúchame, Señor, eterno y santo.

No desoigas los ayes de mi lira
Aunque indigno de tí mi canto sea,
Que cuando el corazon mi musa inspira
Solo agrada á mi Señor desea,
En él te mando mi amoroso anhelo...
Déjalo que se eleve hasta tu cielo.

No por el justo tu clemencia invoco,
No por el pecador arrepentido,
No por el bueno, no: si por el loco
Que aleve se separa de tu nido,
Pues aunque los malvados son tiranos...
Los malvados tambien son mis hermanos.

Perdona, oh, Dios! al miserable impio
Que en la senda del mal se precipita!
Perdónale, perdónale, Dios mio!
O hazle creer en la verdad bendita,
Que su alma osada por errores ciega.
Es calabozo do la luz no llega!

¡Piedad, Señor! piedad para el malvado
Que desoye la voz de su conciencia!
¡Piedad para el mortal desesperado
Que maldice su misera existencia!
¡Piedad para el sacrilego maldito
Que desconoce su fatal delito!

¡Llámalos hácia tí, tiende los brazos
A las pobres ovejas descarriadas,
Y al verse presos en tan dulces lazos
Sus almas volverán anonadadas,
Espantados por crimen tan horrendo
Lágrimas tiernas de dolor vertiendo.

¿Quién desoirá la voz de un Dios clemente
Que amante á siervos pecadores llama?
¿Quién osará elevar la altiva frente
Ante tu santo amor que el pecho inflama?
¿Quién no dobla la misera rodilla
Ante el vivo fulgor de tu cuchilla?

¿Qué es el hombre? un arbusto delicado
Que perdido en el árido desierto,
Por el sol de los vicios abrasado
Guía su corazon con paso incierto.
¡Riégaless con tu amor el tronco enjuto
Y así podrás cojer sabroso fruto!

Y á mí que imploro tu piedad divina
Elevando mi voz hasta tu oído,
Guíame por la senda peregrina
De tu Eden á los justos prometido:
Y cuando se termine mi existencia
No me olvides, Señor, en tu clemencia!

MANUEL G. RENTERO.

EPÍGRAMAS.

¿Te hacen gentil-hombre Gil?
No estrañes que esto me asombre,
pues tienes mucho de *hombre*,
pero nada de *gentil*.

Manuel ¿de qué te mantienes
que holgando siempre te veo?
—Hago gran papel. —Yo creo
que tú carrera no tienes.

—¿El sustento no adivinas
que con la *pluma* me gano?
—¿Eres poeta, escribano?...
—Vendo *pavos* y *gallinas*.

TEODORO GUERRERO.

EN UN ÁLBUM.

—En dónde, niña, responde,
hallaré mas poesía,
mas vida, mas alegría
que en tus ojos? ¡Ay! ¿en dónde?
Ni en la aurora
cuando su prima luz vierte,
seductora,
ni de esa luz en la muerte.
Las flores me dan hastío,
la aurora me causa enojos;
solo me anima, bien mío,
la luz de tus negros ojos.

Su mirada, no te asombres,
y el fuego que en ellos arde,
de niños puede hacer hombres,
y un héroe del mas cobarde.

Y yo mismo
hasta el abismo bajara,
si el abismo
tus negros ojos guardara.
Levanta, niña la frente,
verás que de envidia rojos
ceden ante tu luciente
mirada, todos los ojos.

Mas, calla; que poco diestro
soy cuando pulso la lira!
Me falta el divino estro
que a los poetas inspira.

Y vulgares,
son, niña, aunque tú me animes,
mis cantares,
parodia de los sublimes.
Y con estilo vulgar
y pensamientos tan flojos,
es osadía cantar
la hermosa luz de tus ojos.

TIBERIUS MAGNUS.

RECUERDOS DE CASTILLO.

Era en Cádiz una tarde
De Enero lluvioso y frío
Y la hora en que se ocultan
Del sol los reflejos tibios,
Cuando entre jácara y broma
Inspirada por el vino
Iba al teatro un cortejo
De boda, dando respingos.
—¿Qué comedia echan, Poenco?
—Yo no sé la que me dijo
Un señorito que es
Apuntador.

—Ya, Castillo,
—El mismo; ¿tú le conoces?
—Yo lo creo; mi marido
Trata con gente decente,
De esa que entiende de libros.
—Yo también hablo a don Juan,
Que es hombre muy divertido.
El ha compuesto el sainete
De esta noche...

—Cabalito!
Como que son *Los Zapatos*.
—De risa me desternillo
Viendo aquel mozo que pone
Todos sus cinco sentidos
En prendas de cordobán.
—¿Usted lo ha visto, Juan Pico?
—Sí, ¡vale ese autor mas plata!
—¿Qué sal!...

—¡Qué vena!!

—¡Y qué tipos!!!

—Oigame usted, don Chiflon,
Viene su mercé a decirnos
Aquí términos en griego;
En los sainetes no hay ripios.
—En viendo yo un entremés,
Señores, me despepito
Por sonar las palmas...

—Bien!

—No se explica mal, don Lúcido.
—Lora sí que va callada.
—¿Va usted, comadre, de hocico?
—La inocente *Dorotea*
Parece...

—Si está en el limbo
Desde el alba esa arrastrada.
—¿Se puede dar mas martirio!
—Solo en pensar que se escape,
Con nuestra ausencia, el gatilo:
Todo porque la otra noche
Vió el sainete del minino.
—¿Tiene la puerta gatera?
—No señor, pero es lo mismo,
Que en casa de vecindad...
—Ya llegamos.

—No hagan ruido;
Porque va a decir la gente
Que esta es la boda de un chispo.
—¿Cuántos somos?

—Alto el fuego!

Uno, dos, tres, cuatro, cinco,
El tío Peneque, Berruga,
Rosaura...

—¡Y que toca pito!
—Verlangua, el maestro Pesuña,
Los novios, yo y los padrinos,
Diez patios y ocho cazuelas.
—¿Qué tal anda ese bolsillo?
—Tengo media pelucona
Para pulirla...

—Padrino,
Me gusta verle rumboso...
—Y además noventa y cinco
Reales, en plata menuda,
Y por si hay un compromiso,
Tengo cien onzas en casa,
Que así las gasta Juan Pico.
—El soldado fanfarron
Está palicando!...

—El mismo:

Juan, compra esas papeletas
Para entrar a divertiros,
Que, si tardas, a esa Lora
La voy a cortar el pico
Por ofensiva...

—¡Haya Paz!

—Fanfarron a mi marido!
Mejor es que *ser maestro*
De la tuna y a sus hijos
Tenerlos hechos un trapo
Por beber...

—¿A que la pinto
Un jabeque a esa culebra
En el forro del ombligo?
—No hagas aprecio...

—Ea, entremos,
Que están llenos los pasillos.
—Llenos por ver a los cómicos
De la legua; vaya un mico!
—Vienen por ver el sainete
De don Juan...

—Vamos!

—D. Lúcido,
Le van a aplastar a usted
Como a un boqueron!
—Un pito
Va aquí por si lo hacen mal!
—Al fin de fiesta, chitico,
Que nada tienen que ver
Los cómicos con Castillo.

... Dan las diez y la función
Se acabó, por el bullicio
Que ya se advierte en la calle,
Del concurso complacido.
—Camrada, *Los Zapatos*
Han estado muy bonitos.
—Vaya, vamos a cenar.
—Yo, ya voy medio dormido.
—Comadre, el novio se duerme.
—Cásate y verás...

—De un chirlo

Se le despierta...

—Dejadle.

—Vamos...

—Que viva el padrino!

Suena otra hora; el silencio
Impera ya en aquel sitio
Y ni aun el eco responde
A los acentos festivos.
Al umbral de una vivienda
De aspecto triste y sombrío
Llega a paso silencioso
Un nocturno aparecido;
Llama, le abren y penetra
En su modesto retiro,
Donde una mesa se advierte
Y una silla, ambas de pino.
La pluma en la diestra toma,
Mira al cielo, da un suspiro
Y mientras escribe atento,
Olvidado de sí mismo,
Resplandece ante sus ojos
Una luz de claro brillo,
Que da a su ser nueva vida
Y que embarga sus sentidos.
¡Ay! volvió de su letargo
Aun, soñando con su sino,
Cuando la postrer aurora
Alumbraba su martirio!
Mas una vez justiciero
Alza victorioso el siglo
El nombre oscuro del vate
Popular, Juan del Castillo.

FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

LAS ILUSIONES.

EN EL ALBUM DE LAURA G....

Vivir sin ilusiones,
Laura, no es vida:
es cielo sin estrellas,
tarde sin brisa,
bosque sin sombra,
arroyo sin murmullo,
flor sin aroma.

Guarda por siempre, Laura,
tus ilusiones:
que ellas son en la vida
campo de flores,
brisas serenas,
murmillos placenteros,
limpias estrellas.

IGNACIO VIRTO.

EL CETRO Y LA LIRA.

A JOSE MARCO.

I.

Hay en Palacio una dama
de quien la corte murmura
que, con mengua de su fama
nutre en su pecho la llama
de ardiente pasion impura.

Y hay un poeta en la corte
con suerte tan estremada,
tan noble y gallardo porte,
que no hay dama a quien no importe
su desden o su mirada.

Se susurra que a la bella
dice amores el doncel,
pero el miedo el labio sella
porque es mucha dama ella
y diestro en las armas él.

II.

Pálida y triste la luna
alumbra el sereno espacio,
el reloj marca la una
y soñando en su fortuna
vela una dama en Palacio.

Sola y en regio aposentó
presa de amante congoja,
tiembla del mas leve acento
como en el árbol la hoja,
cual llama que agita el viento.

Así inquieta y desvelada
vió pasar hora tras hora
la noche eterna y callada,
que para el alma apenada
lucir muy tarde la aurora.

III.

Toda es cuentos y ruido
la noble grey cortesana,
porque a palacio han traído
la nueva de que han herido
de muerte a Villamediana.

Quién con la ley del honor
quiere encubrir el delito,
quién lo hace empeño de amor
y quién lo achaca al rencor
que le tuvo el favorito.

Todos preguntan ansiosos,
mas nada esta vez de cierto
descubrirán los curiosos,
porque el secreto del muerto
es la honra de dos esposos.

JUAN A. VIEDMA.

LETRILLA.

Por qué teje Niso
de flores coronas?
por qué dulce risa
entreabre su boca?
y coje el jazmin
lo junta a la rosa,
y al blanco clavel
la roja amapola?
Sus ojos se animan;
que por ellos brotan
las dulces pasiones
con que el alma goza.
Existe en el valle
una ninfa hermosa,
que Niso vió un día

al salir la Aurora.
Al verla tan linda
gentil y graciosa,
creyó que natura
le envolvía en sombras,
y que ella ofuscaba
la luz de la Diosa.
El raudal de fuego
que sus ojos brotan,
enciende en su pecho
llama abrasadora.
Los blondos cabellos
que sus sienes ornan,
prendido le dejan
en red amorosa.
Su tez es de nieve
que el carmin colora,
perlas son sus dientes,
de rubí es su boca,
su talle gallardo
las gracias adornan....
¡qué extraño es que Niso
creyérala Aurora!
Por eso asegura
no vió jamás otra,
tan bella y tan dulce,
tan tierna y donosa.
Por eso le teje
de flores coronas,
por eso la risa
entreabre su boca,
y coje el jazmin,
lo junta a la rosa,
y al blanco clavel
la roja amapola.

ADELA DE LA PEÑA.

UNA ESCENA DEL DILUVIO.

Tembló débil la tierra,
el sublime huracan padre del rayo
le declaró la guerra;
hinchó las nubes con el fuego etéreo,
y su terrible ira
hizo infinito su poder aéreo.

Escurecióse el sol con la de espanto
espesa polvareda,
relámpagos brillaron en el cielo
desgarrando su manto
con indomable brio,
y el fuego que abrasaba todo el orbe
dejaba el corazon del hombre frio.

Ronca la mar rujia
con sublime terror y hasta las nubes
fascinada subia,
y el huracan preñado de mil rayos
apartando sus aguas
de la tierra invadió los hondos senos;
en cavernas armó sus rojas fraguas

conmoviendo sus ámbitos mil truenos.

Desolacion y ruinas fué la tierra,
la ira del Señor la dejó herida,
su tersa superficie quedó rota,
y a otra region remota
retiróse la mar embravecida.

¿Por dó vagó el espíritu del hombre
cuando la tierra, el agua, el aire, el fuego
revueltos, confundidos,
luchaban sin sosiego
por la ira escelsa del Señor movidos?

Qué se hicieron los dulces ruisenores,
los alados cantores,
los jazmines, las rosas,
las flores deliciosas
de brillantes colores,
las inconstantes lindas mariposas,
que nacen tan hermosas
al aliento del Dios de los amores?

¿Dónde fué el brillo azul de las montañas
de plateadas crestas?
las aguas que entre juncos y espadañas

bajaban de su altura á las florestas?

Y dónde los bajeles que cruzaban
los dilatados mares?

las barcas que al compás de sus cantares
sencillos pescadores gobernaban?....

Ah! mis ojos lo ven: el fuego cae,
el agua inunda alcázares y chozas;
tristes despojos su corriente trae.

Estremecida la amorosa madre
estrecha convulsiva al hijo tierno,
mientras contempla el amoroso padre
á su hija que piedad pide al Eterno.

Agua!... fuego!... qué espanto!
dónde huir?... Ah! qué horror! Un rayo mata
á la hija y al padre y desbarata
su pobre choza, su mansion de espanto.

La madre corre: llega á la montaña
cuyo pié el agua azota,
y sube huyendo de su ronca saña
desgreñada, sangrienta, sucia y rota.

Se resbalan sus piés, ella se agarra
con sus débiles manos,
y el pedernal sus carnes le desgarran
sin que sienta sus filos inhumanos.

Llega el frío del agua á sus rodillas,
dá un grito la infelice,
las lágrimas le abrasan las mejillas.
—No hay esperanza ya, rendida dice....

Pero ay! su niño llora,
otra vez se estremece,
otra vez al Señor por él implora,
otra vez su valor, su fuerza crece...

Y logra del peñasco ver la cima
y la triste cree ya que se ha salvado:
su boca á la del niño ciega arrima,
siente que no respira, y con la calma
de su intenso dolor le mira y toca:
ella misma de aliento le ha privado
al hijo de su alma.

—He matado á mi hijo, grita loca.

Y el fuego sigue y el diluvio crece,
y un rayo baja de la hirviente nube,
y arde el peñasco.... pero el agua sube
y de su superficie desaparece.

FRANCISCO M. DE MENDIALDUA.

EL NIÑO HUERFANO.

Ved á ese niño en cuyo rostro hermoso
brilla la paz de la inocencia pura,
sin que perturbe su infantil reposo
ni del pesar el grito doloroso,
ni la mas leve sombra de amargura.

Dormido está; ni pena ni tormento
dentro del pecho candoroso esconde:
vedle reir, quizá en este momento
de su perdida madre al tierno acento

con su sonrisa angelical responde.

Dejad que duerma y el destino aciago
no le mostreis que á su existir va unido...
solo en el mundo apenas ha nacido,
dejad que goze el maternal halago
que solo puede disfrutar dormido.

Mañana, al despertar, su desventura
harto vereis en su llorar prolijo!
¿Qué mujer en el mundo la dulzura
podrá suplir, y el beso de ternura
conque muestra su amor la madre al hijo?

Mañana si, con todo y su inocencia
conocerá lo cruel de su fortuna;
y el infeliz al demandar clemencia
la primer gota probará en la cuna
de la hiel que destila en su existencia.

En vano buscará deshecho en llanto,
entre mil gentes á su mal estrañas,
una madre que ampare su quebranto;
mujeres verá, sí, mas ni una en tanto
hijo le llamará de sus entrañas.

Que la sola en el mundo que podia
con este dulce nombre acariciarle,
de la fatalidad la mano impia
decretó al infeliz arrebatarle
de su existencia en el naciente día.

Y en vano del infante extraviados
acá y allá divagarán los ojos,
de su perdido bien tristes despojos;
tan solo allá y acá verá sembrados
senderos de agudisimos abrojos.

Y al cruzar en su suerte desdichada
estos senderos de dolor, sin guía,
en vano al recibir una punzada,
al cielo elevará su alma angustiada
la plañidera voz de *madre mia!*

Que el cielo, sordo á su doliente anhelo,
por única respuesta á su querella,
rasgará un punto su azulado velo
para mostrarle en último consuelo
la infausta luz de su fatal estrella.

ANTONIO ALTADILL.

LA PALOMA.

Así al pié de una palma cimbradora
un rey á una pastora
de estos valles decía:
—mi corazón te adora:
¿quieres, Lesbia, ser mia?

Yo para que apacientes tu ganado
te daré, dueño amado,
la cercana alquería,
el monte, el valle, el prado,
¿quieres, Lesbia, ser mia?

—Déjame, señor rey, morir honrada
en mi estrecha morada,
con mi sayal de lino,
que pasto á mi manada

- no negará el destino.
 —Yo mi corona ceñiré á tu frente,
 si el cortesano ambiente
 tu corazon ansía
 respirar muellemente,
 ¿quieres, Lesbia, ser mia?
 —Déjame, señor rey, con mis dolores,
 que del sol los destellos
 no han de negarme flores
 que den á mis cabellos
 perfumes y colores.
 —Yo mi reino, pastora, haré pedazos:
 yo, romperé los lazos
 de otra pasión impía
 por mirarme en tus brazos:
 ¿quieres, Lesbia, ser mia?
 —Déjame, señor rey, y por mí deja
 tranquila á la hermosura
 que tu desvío aqueja:
 mi condicion es dura
 cuanto es blanda tu queja.
 —No ha de quedar impune la osadia
 de quien así maltrata
 mi ciega idolatría.
 ¡oh Lesbia, Lesbia ingrata,
 muerta he de verte ó mia!
 —Por mí vendrán cuando tu airada mano
 descargue el golpe insano
 los ángeles del cielo,
 que es la virtud lozano
 clavel que no aja el hielo.

Y es tradicion que el padre de la aurora
 nubló al verla sin vida
 la frente brilladora....
 ¡oh sin igual pastora!
 ¡oh virtud no vencida!
 Una paloma á recoger la esencia
 de aquel vaso de aromas
 bajó del árduo monte:
 y luego el horizonte
 surcaron dos palomas.

E. HERNANDEZ.

A PILAR

EN EL ALBUM DE RUPERTA.

Perdona, hermosa Ruperta,
 si tambien canto á Pilar:
 yo nunca dejé de entrar
 cuando hallo franca una puerta.

Si flores digo sin tasa
 á Pilar, no se me arguya,
 porque siendo hermana tuya
 todo se queda en la casa.

Vástagos á fé preciosos
 sois de una madre las dos:
 madre que bendiga Dios
 por dar frutos tan hermosos.

El que se quiera casar,

¿cómo en la eleccion acierta
 entre Pilar y Ruperta,
 entre Ruperta y Pilar?

¡Ah! qué lucha!.... Vive Dios!
 soy ambicioso y no lucho:
 pues las dos me gustan mucho,
 opto al punto por las dos.

Sé, Pilar, que son quimeras,
 mas obro como avisado:
 ¡ay! ¿quién no muere abrasado
 al calor de tus ojeras?

¡Ojeras! son en las bellas
 su mas preciado florón,
 ellas la hermosura son....

¡Ay, Dios! deliro por ellas!
 Son en las flores, abrojos:
 signos de un alma impaciente:
 ellas son el alma ardiente
 que se asoma por los ojos.

Son la muestra que el ardor
 del alma al mundo declara:
 el termómetro en la cara
 de los grados de calor.

¿Por qué las pondero? En suma,
 con ojeras ó sin ellas
 sois dos mujeres muy bellas,
 de lo cual da fé mi pluma.

Y si alguien llega á dudar
 que mi opinion es incierta
 entre Pilar y Ruperta,
 entre Ruperta y Pilar,

Dénme á elegir, ¡vive Dios!
 ya verán como no lucho;
 pues las dos me gustan mucho
 opto al punto por las dos.

¡Qué sueños! Las dos sois bellas
 y soñando estoy en vano:
 nunca ha podido mi mano
 llegar hasta las estrellas.

TEODORO GUERRERO.

A UNA ADÚLTERA.

SONETO.

Cuando tu llama criminal ardia
 Ultrajando el honor, la ley del cielo,
 Pudo esconder la noche con su velo
 Esa tu vil profanacion impía.

Pudo ocultarte la tiniebla umbria
 Del ángel tuyo en su dolor el vuelo
 Y endulzar el profundo desconsuelo
 Que en tu agitado corazon nacia.

Mas ya inunda la luz el rojo Oriente:
 ¿A dónde irás con tu vergüenza ahora....?
 ¿Con qué valor levantarás la frente....?

¡Cuán abatida la miró la aurora!
Para lavar la mancha, eternamente,
Esposa desleal, recuerda y llora.

NARCISO CAMPILLO.

À ROSA.

Deja que el mundo en su delirio vano
De dichas y placeres corra en pos:
¿Qué nos importa su gozar insano
Si el loco orgullo lo maldice Dios?

Deja que vague ansiosa de placeres
La misera y errante sociedad;
Pronto hallará terribles padeceres
En pago de su ciega vanidad.

El hombre lleno de ansiedad y orgullo
Estrecho el mundo encuentra á su ambicion,
Y del placer aduérmese al arrullo,
Y anhela mas y mas su corazon.

Mas cuando cree apurar la dulce esencia
Del placer lisongero y del gozar,
Acibara su plácida existencia
El fantasma terrible del pesar.

¡Corred, corred, fanáticos del mundo,
Corred, corred, del tórbellino en pos,
Mas; ay! temblad, porque en su polvo inundo
Os hará sucumbir la ira de Dios!

Yo anhele paz, tranquilidad dichosa,
Lejos del mundo y de su torpe afán;
Partamos, vén y en soledad hermosa
Felices nuestras vidas correrán.

EDUARDO GALLUZZO Y MARTINEZ.

AL RECIEN NACIDO PEPICO MARTI.

IMPROVISACION.

Tierno vástago, que al mundo te vienes
cual cándida flor en vasto pensil,
dó rápidos vientos cruzan mas de mil,
destronchando tallos sin compasion,
Dios te bendiga de su escelso trono
cual te desea tu amante cantor,
robusteciendo tan cándida flor
creciendo en brazos de su religion.

RAFAEL PASCUAL JORDÁ.

DOS HÉROES.

En una noche sombría
riñendo en cierta calleja

diz que estaba Juan Pareja
con su contrario Marfil.

Andaluces bravucones
de guapos ambos la echaban,
y ambos así se espresaban
con denuedo varonil.

—Te he de pintar un jabeque
por querer á Carmensiya.

—Te he de matar.—Esa es griya.

—Tira cobarde.—Ayá vá!

Toma y güervete por otra.

—Con mi navaja de á folio
no te salva... ni el santolio.

—Si estás temblando, chavá!

—¿Temblando yo de un difunto!

—Quieres otra? —Sí que quiero.

—Pues toma!—¡Ay Dios! que me muero!

¡Que me han matao! ¡Favor!

Esto dijo Juan Pareja
cayendo redondo al suelo;

Marfil huyó de *canguelo*
diciendo: —¡Jesus! ¡qué horror!

Fué á poco á ver á su Carmen,
que al verle tan demudado,
con solícito cuidado
quiso la causa saber.

Y él calándose el sombrero,
mirando inquieto, la dijo:

—No sé que he jecho, de fijo,
pronto me van á prender.

Mas ya pueden prepararse
batayones, escuadrones,
ejércitos y legiones
pá poerme sugetá.

—Pero ¿qué has hecho? --He dejao,
con lo mucho que he jerio,
un lago de sangre, un rio
que corre por la ciudad!

Calló Marfil y al instante
se escuchó una carcajada,
que dejó su sangre helada
y temblando lo dejó;

Y su adversario Pareja
con acento enronquecido
esclama, entrando atrevido:
—Por qué mientes...? dí, *chavó*.

Los dos debemos cayá
pues no tuvimos denuedo;
yo al suelo caí... de mideo;
y tú echaste á volá
de susto; caya y no chistes;

deja esa cháchara eterna
y vamos á la taberna
la palabra á remojar.

Esto Pareja le dijo
y Marfil le abrió los brazos
diciendo: —¡Me hago peazos!
¡Que viva mi amigo Juan!

Y cual dos héroes invictos
que han ganado una victoria,
fueron en pos de la gloria...
de un vaso de *mostagan*.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

EL CABALLERO JOLYOTTE.

(CONTINUACION.)

Discutieron largamente; el rosa y el azul seducían alternativamente á la baronesa; Aglae decía alguna palabra suelta; Estéban no se pronunciaba y observaba de reojo á la duquesita. Esta miraba las telas y á veces las tocaba con las puntas de sus dedos contorneados; tres ó cuatro veces la baronesa la puso en las manos el moaré y el terciopelo; las megillas de Luisa se animaron, sus ojos se encendieron, y corrió por sus labios como un estremecimiento, en tanto que acariciaba los bordados y las flores de aquellas telas suntuosas. De repente su rostro se oscureció, y rechazó las telas.

—Perdonadme, dijo; no puedo decidirme; como no gasto yo tales vestidos, todos me parecen hermosos.

Estéban hubo de notar que la voz de Luisa temblaba. En breve todo color desapareció de sus mejillas, y su fisonomía, de una palidez mate, recobró su carácter de altanería melancólica.

Estéban no perdió ninguno de esos detalles que aumentaron el interés que la duquesita le inspiraba; veía en ellos como una revelación de los sentimientos íntimos que ella disimulaba con una gran fuerza de voluntad.

Durante una semana el joven no pensó mas que en Luisa, y diariamente iba á casa de la baronesa. Esta al ver su asiduidad le colmaba de atenciones, ostentaba mas que nunca sus sentimientos refinados, y le hablaba con suaves suspiros de la unión de las almas.

Estéban atizaba la lumbre.

—La dificultad está en hallar esas almas.

Hacia fines del mes una tarde que iba á comer á casa de la baronesa, Estéban fué sor-

prendido por una lluvia muy fuerte cerca de la calle de Bac. Se refugió en un portal, y se encontró con Luisa que le devolvió gravemente su saludo. La lluvia caía á torrentes, y no se descubría un carruaje.

—Esto puede durar toda la noche, dijo Estéban.

—Hay para rato, contestó ella con frialdad.

Un mozo á quien Estéban ofreció una propina marchó en busca de un coche, que consiguió traer al cabo de diez minutos.

—Partid, la dijo Estéban.

—Y vos, caballero? preguntó ella con mas dulzura.

—Yo me consideraría muy dichoso si me permitiérais acompañaros.

Luisa subió la primera y Estéban la siguió.

La joven estaba sentada en su rincón sin ningún embarazo; se hallaba como una señora del gran mundo que acaba de encontrar á uno de sus conocidos en los Campos Eliseos y le ofrece un asiento en su carretela.

—¿Vereis esta noche á la señorita de Aglae? le preguntó.

—Sí.

—Me hareis el favor de darle gracias por el billete que me ha escrito esta mañana; no es posible hacer las cosas con mas delicadeza.

Permaneció un minuto silenciosa, y despues añadió como si quisiera completar su pensamiento:

—Vuestra prima tiene mucho entendimiento y mucho tacto...

—Ah! exclamó Estéban.

—No lo habeis notado aun?

Y un aire de sorpresa se pintó en su rostro; pero el coche se detuvo, y la pregunta que ya se leía en sus ojos no vino hasta sus labios.

—Mi padre os daría las gracias por vuestra complacencia si estuviera en casa, dijo Luisa, pero son las seis y nunca llega hasta eso de las siete.

Estéban le manifestó la esperanza de que otra vez podría ser mas dichoso si ella le permitiera presentarse en su casa.

—Sería incomodaros sin la certidumbre de hallar á nadie, repuso Luisa.

Y saludando desapareció rápidamente.

El resultado de este paseo fué que el recuerdo de la duquesita se grabó mas profundamente en el ánimo de Estéban. Le seguía por todas partes, hasta en el ministerio, donde un dia por distracción, en lugar de redactar un despacho, trazó en el papel una imagen, que era el retrato de Luisa.

—Ah! esto es demasiado! exclamó; y desgarrando el papel se fué á paseo. Pero el paseo no pudo distraerle como no le distraía nin-

guna cosa. Entonces resolvió ir á casa de la jóven.

El edificio donde M. Duran y su hija tenían una pequeña habitacion, estaba situado en el fondo de un jardin silencioso. La construccion era de forma antigua. Por una casualidad singular aquella huerta y aquella casa entre los árboles le recordaron la casa de su tia en Dijon, donde habia pasado su infancia.

Permaneció un rato entregado á sus recuerdos, y al cabo llamó; una vieja criada abrió la puerta; M. Duran estaba en casa.

El jóven entró y se halló en presencia del anciano á quien habia visto en el baile de la baronesa, que estaba sentado en un sillón de vaqueta verde delante de la lumbre. Hallábase envuelto en un levitón, muy ocupado en hojear unos libros que tenia al lado.

Estéban dió su nombre; M. Durand se inclinó y le señaló un asiento. Sin tener pensado lo que diria, comenzó por recordarle las circunstancias en que le habia visto; M. Durand no las habia olvidado. ¿Qué decir luego para justificar su visita?

Como sus ojos se dirigian á todas partes, se fijaron en dos retratos que representaban á los padres de Luisa; los habia pintado un artista famoso.

—Qué magníficos retratos! exclamó Estéban levantándose.

Uno de ellos recordaba á la duquesita; era la misma mirada con mas alegría en el rostro. Los ojos de Estéban demostraron á M. Durand lo que pensaba.

—Sí, dijo el viejo profesor, nunca veo ese retrato sin pensar en Luisa, y nunca veo á Luisa sin pensar en su pobre madre.

Este doble recuerdo enterneció la fisonomía de M. Durand, y entonces principió á tomar cuerpo la conversacion; pero la presencia de aquellos dos retratos de un maestro cuyos lienzos tenían un valor excesivo, aumentó la zozobra de Estéban. Nada en aquel modesto interior estaba en armonía con los cuadros, y este era un nuevo enigma á los ojos del jóven.

La conversacion dió á conocer á Estéban que M. Durand podia pasar por un hombre instruido. Cuando el reló dió las siete entró Luisa, que saludó friamente á Estéban; descubriase cierto descontento en su acogida, y aunque se mostró muy cortés, no salió de su reserva.

El jóven se despidió y salió; únicamente en la calle le vino á la memoria que habia convenido con M. Durand en tomar lecciones de una lengua extranjera.

Un mes despues tres veces por semana acudia Estéban á aprender el español. Las leccio-

SETIEMBRE.

nes se prolongaban á veces hasta las seis; se hablaba un poco de todo, llegaba Luisa, y entonces la conversacion tomaba mas incremento.

Estéban no habia podido esplicar el encanto que hallaba en aquella casa, aunque nunca estaba solo con la duquesita, pero con mas dificultad habia explicado por qué no habia dicho nada de sus visitas á la baronesa. ¿Temia preguntas indiscretas sobre aquella afición á los idiomas que le habia hecho saltar del español al portugués cuando concluyó los primeros estudios? Su calidad de empleado en el Ministerio de Negocios extranjeros no podia justificarle enteramente.

Entre tanto las maneras de Luisa no variaban; mostraba siempre la misma reserva con cierta indiferencia que le parecia afectada. Lo que sí habia observado era que su prima Aglae le recibia mejor desde que se habia dedicado al estudio de las lenguas.

Al cabo de mes y medio habia echado de ver que todos los sábados Luisa se ponía un vestido negro de seda, el único de lujo que poseía. Su padre se engalanaba con un casacacon antiguo, chaleco blanco y corbata de muselina. A veces la jóven se adornaba con un lazo de cinta en la cabeza.

Ciertos olores que sorprendian al bajar la escalera revelaban la existencia de preparativos culinarios inusitados. Habia en toda la casa un aire de fiesta; sin duda esperaban alguien. Luisa se mostraba siempre preocupada, y á todas sus indirectas sobre el asunto respondia de un modo evasivo.

—Qué diablo! exclamó para sí; en todo esto hay un desconocido.

Y á este pensamiento siguieron naturalmente estas palabras:

—Por qué no seré yo otro desconocido?

Hecha esta reflexion mandó inmediatamente un ramillete á Luisa.

La jóven recibió las flores y las puso en un jarro; y al verle le dió las gracias por su amabilidad con una serenidad de buen tono.

El viejo profesor estaba allí, y aquella franqueza no fué muy agradable para el jóven; ya no habia secretos entre ella y él. Sin embargo, una especie de despecho le hizo continuar sus regalos. El sexto ramillete estaba ya en la casa, cuando al llegar á ella por la tarde Estéban descubrió á Luisa repartiendo flores á tres ó cuatro niños en el jardin.

—Son muchas flores en poco tiempo, le dijo con una sonrisa seria.

—Mi padre os está esperando.

Estéban subió sin responder.

—Parece una gran señora esta jóven.

La casualidad quiso que M. Durand convidase á comer aquel día á Estéban, porque una señorita á quien su hija daba lecciones le habia regalado un faisán y no era tiempo de caza.

Por curiosidad, mas que por otra cosa, aceptó Estéban.

Las flores no estaban ya en los tarros.

Luisa no se mostró ni contrariada ni alegre con la presencia del jóven.

—¿Estaré en el principio ó en el fin? se preguntó Estéban.

La comida fué insignificante. Sin embargo salió con la cabeza ardiente. Resuelto á concluir de una vez escribió una carta muy larga, y dió orden al criado para que la llevara á Luisa á la mañana siguiente.

Al otro día preguntó al criado, quien le respondió que Luisa habia tomado la carta, habia dicho que estaba bien, y que probablemente tendria el gusto de verle pronto.

Cuando llegó la hora de ir á casa de M. Durand se presentó, y halló á la duquesita que le esperaba sola.

—Estaba seguro de ello, pensó Estéban.

Una heroina que tan de prisa le daba una ocasion, le pareció prosaica. Estéban no la encontraba ya tan bonita.

Cuando se sentó, la duquesita sacó del bolsillo la carta y le dijo:

—¿Habeis pensado bien todo lo que aquí habeis escrito?

—¿Cómo!... habeis comprendido?...

La mirada clara de Luisa le dejó confuso; perdió el hilo de su idea y se detuvo.

—Oh! decidme francamente si los sentimientos que manifestais son sinceros. Para animaros os diré que su lectura no me ha sorprendido, pero sí me ha causado alguna afliccion.

El tono de Luisa no era el de una coqueta, ni una hipócrita. El enternecimiento ó la indignacion habian abierto la puerta á unas esplicaciones que habrian podido tener un resultado galante; pero nada de esto habia en ella; Estéban lo veia, y comenzaba á creer que habia hecho una locura.

—Ya que no respondeis hablaré yo, repuso Luisa: otros han tenido la misma opinion que teneis vos de mí, de modo que no me enfado; ¿por qué me enfadaria de una cosa que parece autorizar mi situacion? Lo que me aflige es que hayais tenido el mismo pensamiento cuando habeis entrado en esta casa.

La confusion de Estéban crecia de punto. Sin embargo, persistia en él un resto de duda.

—Si es una comedia, pensó, está bien representada; pero si dice la verdad, cuánto debe sufrir!

Al acaso contestó con algunas frases vulgares que ella escuchó sin interrumpirle. Dijo que habia querido demostrarla el interés que la inspiraba su posicion y su profundo respeto.

Solo por un ligero estremecimiento que se notaba en sus labios, se podia conocer lo que sentia.

—Lo que decís para escusaros agrava vuestra culpa, contestó la jóven: ¿por qué me hablais de vuestro respeto cuando tan pocas pruebas me dais de él? He recibido algunas cartas como la que me habeis escrito; la primera me hizo llorar de vergüenza y de humillacion. Porque trabajo ¿he de sufrir ofensas semejantes? Hoy la herida está cicatrizada; pero el dolor persiste: hay cosas á que se acostumbra uno lentamente; yo no lo estoy aun, y si llegara á estarlo, me parece que decaeria en mi estimacion propia.

El sonido de su voz indicaba la viva emocion que la atormentaba; Estéban la miraba sin saber qué responder. Las sospechas que habia concebido estaban lejos de su ánimo.

Por un movimiento súbito la duquesita habia dejado caer al suelo la carta de Estéban. El jóven la recojió, la hizo pedazos y los arrojó á la lumbre.

—Mil gracias, continuó Luisa; lo que acabais de hacer vale mas que mil palabras; pero ya que estamos en tan triste capitulo voy á decirlo todo, y no se tratará mas del asunto. En cuanto os ví atravesar el jardin el día en que vinísteis á pedir lecciones á mi padre, comprendí lo que sucederia. No acuseis á mi orgullo; era mas bien el grito de la humildad: ¿no estoy sola, sin proteccion y viviendo de mi trabajo como una obrera? Sin embargo, tomé mil precauciones contra una provocacion; además sabia que la señorita Aglae os habia advertido. Un instante creí que renunciaríais á vuestro plan... pero me habeis desengañado cruelmente. Lo siento tanto mas, cuanto que mi padre os estima. Os confieso que era yo partícipe de esa simpatía, y me habrais visto de otro modo sin esa preocupacion que adivinaba en vos. Cuando llegaron vuestros ramilletes, Juana los puso en los jarrones.... yo no puedo estar en todo.... Pero ahora que me conoceis mejor, decidme francamente si hay algo en mí que motive esos insultos.... ¿Los autorizan mi aire, mi conducta, algo que yo ignore? ¿Qué favor me haria el que me advirtiera!

La respuesta de Estéban se concibe; dijo que habia tenido una hora de extravío que no concebía y que deploraba.

(Se continuará.)

TEATRO PRINCIPAL.

La temporada ha concluido. Estamos en la cola, es decir, en las funciones de plus-café.

Ninguna otra ópera nueva ha podido ponerse en escena, no obstante que de ello se trataba; pero quién baraja á una compañía cuando vé próximo el momento de decir: *Aquí queda eso?*

¿Qué vendrá despues?—Dios lo sabe.

En efecto, la nueva formacion es todavía un misterio, no solo para el público, sino hasta para los que hayan de formar. Esto se concibe teniendo en cuenta que el teatro, al menos que nosotros sepamos, no se ha adjudicado aun á esta fecha.

¿Por qué? Porque los licitadores se empujan y se codean unos á otros. Ahora les ha entrado á todos la prisa, despues que no han dicho esta boca es mia en ninguna de las tres subastas anunciadas.

Corren, por tanto, rumores varios. Hay quien dice que tendríamos ópera italiana bajo la base de la Ortolani, Celestino y Mazzoleni, que estando como están cerca de aquí, pueden no hacerse esperar, dándose principio pronto á los trabajos.

No falta quien asegure que de lo que se trata es de la continuacion de la zarzuela, por supuesto con la Srta. Ramirez in cápite.

¿Y cómo podría ser de otro modo. Hoy en Cádiz la zarzuela no se concibe sino encarnada en la Srta. Ramirez.

De las demás partes nada se sabe, ni importa tampoco saber. ¿Para qué?

De lo que nadie ha hablado una palabra es de compañía dramática. A fuer de españoles, á la escena española, al teatro nacional, le tratamos con poco miramiento, como de casa que es. Antes es lo de fuera, como la ópera, y antes es lo de ni de fuera ni de dentro, como la zarzuela.

Esto podrá no hacer mucho honor á nuestro patriotismo; podrá no hacer mucho honor á nuestro buen gusto; pero lo hace á nuestra buena crianza. Para el huésped el primer plato y la mejor presa.

Y sin embargo, hoy no nos podemos quejar en este punto. Se nos ha dado en estos dias una pequeña novedad dramática, que no es novedad en sí misma ni mucho menos, pero sí en su egecucion. Hablamos de la pieza *Un caballero y una señora*, desempeñada en sus dos principales y casi únicas partes por la señorita Ramirez y el Sr. Sanchez Albarran.

Tuvimos la desgracia de que no llenaran nuestros deseos.

Mucho decir es, pero no lo podemos remediar.

No basta para hacer bien un papel el saberlo de memoria, el recitarlo sin tropezar, el gesticularlo y accionarlo con desembarazo; es menester darle su colorido propio, y eso es lo que no nos satisfizo.

El Sr. Sanchez Albarran en el inglés de *Por quinientos florines* ha creado un papel. En esta pieza ha dicho el suyo bien, pero nada mas.

Lo que decimos del caballero lo decimos igualmente de la señora.

Nuestra revista viene á quedar, por tanto, casi esclusivamente limitada á una revista de armas. En efecto, la funcion del lunes tuvo de notable el que se tocó por las bandas de música, tambores y cornetas del regimiento de Iberia la gran pieza instrumental titulada *La batalla de Bailen*, compuesta por D. José Antonio Lopez, músico mayor del espresado regimiento.

En esta pieza, como en todas las de su especie, la parte puramente de estrépito es la principal y de mayor importancia. Se toca la diana, hay sus cañonazos, su fuego graneado, sus lamentos de los heridos, su marcha fúnebre, y sus cantos de triunfo. ¿Cómo pudiera haber batalla sin todo eso?

Sin embargo, el Sr. Lopez ha sabido sacar un buen partido de este tema obligado, y el público, tras de aplaudir su obra repetidas veces, pidió que el autor se presentase de nuevo en la escena, como se verificó.

Mejor habria parecido si hubiera acertado algo ciertas partes, un tanto difusas, y si hubiera omitido ciertas repeticiones.

La egecucion fué esmerada, y se tocó por las tres bandas con una esactitud puramente militar.

Aquella manera terminante y seca de concluir de un solo golpe los finales es de muy buen efecto, porque es altamente característica. Es la uniformidad del manejo del arma en un cuerpo bien instruido.

De las demás funciones de la cola teatral veremos de ocuparnos otro dia.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Dos palabras de réplica al remitido inserto en El Guadalete del 27 del pasado.

Los señores remitentes han estado muy galantes con nosotros. Así hubieran estado justos. Por lo primero les damos las gracias. Lo se-

gundo lo vamos á probar, y eso sin tirarles del faldon para que nos oigan, así como ellos no han tirado del nuestro para que leamos sus artículos.

Los Sres. firmantes saben sin duda muy bien que lo que al público se dá, al dominio del público pertenece. No es por cierto entrometarse en negocio ageno el hablar y el discutir acerca de cosas que han sido impresas y publicadas en un periódico; porque para impedir que otro hable de ellas no queda mas camino, que no publicarlas.

Estábamos pues completamente en nuestro derecho al ocuparnos de su artículo. A pesar de todo, y por un exceso de miramiento, pedimos aquella especie de vènia, de la que no teníamos necesidad, y de la que nos arrepentimos ahora, vista la manera con que ha sido apreciada.

Que algunos abonados tienen queja de una empresa. En buen hora. Allá se las avengan como puedan; pero toda vez que á vueltas de tales quejas se habla del mérito de este ó del otro actor, ya el círculo se ensancha, ya á todos es permitido emitir su opinion buena ó mala; porque la apreciacion de este mérito no se recinta á una sola localidad ni á un solo teatro: pertenece al arte.

Vean pues los autores del artículo como no andan acertados en esto de querer poner una mordaza á todo el que no presente papeleta de vecindad en Jerez, por la razon que allí se indica de que cada uno es amo en su casa.

Respecto á la aquiescencia, la conformidad, el gusto y la atencion del auditorio, con cuyas condiciones es forzoso contar para que parezca bien lo que se lee ó lo que se oye, les diremos que no ha llegado á nuestra noticia que por edicto de autoridad, ni por prescripcion de ley, ni por auto de juzgado se haya forzado nunca ni á ellos ni á nadie á leer nuestros artículos, y que por tanto no es posible que por ello fracase su libertad moral. ¿Tienen mas que no leerlos?

FRANCISCO FLORES ARENAS.

FIESTAS EN SANLÚCAR DE BARRAMEDA.

Cuando recibimos el programa de las brillantes fiestas con que ha solemnizado la ciudad de Sanlúcar los dias de S. A. R. la Serenísima Señora Duquesa de Montpensier, ya estaba en prensa nuestro anterior número; circunstancia que nos privó del placer de tras-

mitirlo á nuestros lectores, bien así como la reseña de lo ocurrido en las ya citadas fiestas, que nos consta han sido dignas del grandioso objeto á que se destinaban.

Dícennos que aquella estensa playa, magnífico punto de vista desde donde se descubre la entrada en el mar del Guadalquivir, no menos que el pintoresco anfiteatro de la ciudad, ofrecía un sorprendente espectáculo durante la tarde del 24, víspera de los dias de la Sra. Infanta. Lástima fué que una inoportuna nube, aguando la funcion, obligase á precipitar los fuegos.

Brillantes convienen todos que han sido estas en su parte material; pero lo mejor que han tenido, la circunstancia que les ha prestado mayor lucimiento y esplendor, ha sido la espontaneidad, el sentimiento unánime de veneracion, de amor, hácia la escelsa persona á quien se tributaban como un homenaje de solicitud cariñosa, como la espresion de la alegría radiante con que un pueblo entero celebra el restablecimiento de una salud á todos cara. No eran los sentidos, era el corazon quien allí gozaba.

Como nuestro colega *El Comercio* ha insertado una estensa y minuciosa descripcion de las fiestas de Sanlúcar, y como en ella no se ha olvidado el pormenor mas insignificante, todo lo que nosotros pudiéramos decir aquí, bajo la fé de las personas que nos han favorecido con sus noticias, careceria de novedad, y lo que es mas, de interés, toda vez que pasó la sazón oportuna. Por eso no nos estendemos mas; si bien se nos permitirá traslademos aquí una composicion poética de nuestro ilustrado amigo el Sr. Nogués, la cual, primorosamente impresa, se repartió durante la representacion teatral que tuvo lugar en la noche del 25.

Es como sigue:

A S. A. R.

LA SERENISIMA SEÑORA INFANTA

DOÑA MARIA LUISA FERNANDA,

EN SUS DIAS.

Génio de los amores,
Mi ruego atiende pio;
Pon en sus manos entre tantas flores,
La humilde flor del pensamiento mio.

V. Y S.

Egria Infanta; de la Patria orgullo:
Uno del pueblo al general contento
Mi cántiga insonora,

Que alegre lleva en su carrera el viento,
Y henchido el pecho en plácida alegría
Tambien yo te saludo en este día.

No á la Alteza mi canto se dirige;
Sí á la noble Señora,
Modelo de virtudes el mas digno,
Que siempre y por do quiera bienhechora,
Con abundante mano
Al huérfano socorre y al anciano.

Sábía y prudente, candorosa y pía,
Aumenta el esplendor que te rodea,
Al mundo entero dando
De tu bondad una sublime idea,
Esa nobleza que tu ser denota
Al par de esa espresion dulce y sencilla;
Esa sonrisa que en tus labios brota;
Esa dulzura que en tus ojos brilla.

El pueblo entusiasmado
Con júbilo te aclama en este día,
Y contempla estasiado,
Lágrimas derramando de alegría,
A aquella que por hijo lo ha adoptado.

Al cielo plegue conservar los días,
Que formen de tu vida la cadena,
De mal exenta, de dulzuras llena;
Y plácidos y bellos,
Como del sol los fúlgidos destellos.

El bien recibe quien del bien se cuida:
Tú fundaste en el bien solo tu gloria;
Por eso ya son hoy
Las acciones preclaras de tu vida,
Páginas bellas de brillante historia,
Que habrán de hacer eterna tu memoria.

JOSÉ NOGUÉS.

Ha sido casualidad feliz el que estas fiestas
hayan coincidido con la época animadísima de
la feria de Sanlúcar, la cual tiene además lu-
gar en un tiempo en que acude allí gran co-
pia de forasteros á disfrutar de su saludable
temperatura y de las limpias aguas de su her-
mosa playa.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

MODAS DE PARIS.

Los equipos siguen siendo vaporosos y lige-
ros, porque los calores continúan.

Todavía no se vé por todas partes otra cosa

que las lindas telas de verano de la casa de Ga-
llois Gignoux. Estos frescos vestidos se lleva-
rán hasta el fin del buen tiempo, y entonces
se pensará en los trages de otoño. El alma-
cen *Trois-Quartiers* prepara ya para aquella
época cosas maravillosas, y no tendremos sino
el trabajo de escoger. Mientras tanto, os re-
cuerdo los encantadores trages de muselina
pintada con volantes, que son muy convenien-
tes para visitas y paseos, y que el dicho alma-
cen da por veinte y cinco francos. Es cosa in-
creíble!

Las manteletas y las puntas de encaje tie-
nen por el momento el privilegio de cubrir to-
das las blancas espaldas de nuestras bellas, y
en casa de Violard es donde se las escoge con
preferencia. ¿Dónde hallar en efecto mas ri-
queza en los dibujos, trabajo mas acabado y
mas solidez? Mr. Violard es quien ha descu-
bierto el ingenioso medio de fabricar encages
sin costuras; cosa importante, porque nunca,
á menos de accidente, se desgarran aquellos,
mientras que á los otros les basta una nada
para producir una rotura en el tegido.

Acabo de visitar la manufactura de flores
de Mr. Duteis, y si no tuviese que citaros al-
gunos de sus adorables prendidos, os hablaria
largamente del palacio de las hadas en el cual
el mas hábil artista se ha complacido en reu-
nir todos los tesoros de Flora.

Comienzo por el prendido Navarra.

Es una corona de pensamientos de terciopelo pardo, rojo y lila, con palmas de verdura, helechos y pajas de oro.

Un prendido Isabel de España, compuesto de un racimo de flores tropicales, sobre el cual está colocado un nudo de verdura, con palma de helecho y pajas de oro, y un medio turbante de terciopelo púrpura, sugeto por medio de un alfiler oriental, y racimos de perlas blancas con agujetas de oro.

Un prendido Pradier, compuesto de racimos de laurel blanco y laurel rosa, sugetos en lo alto de la cabeza y en el nacimiento del cuello por un nudo de verdura.

Habia tambien una guarnicion de trage formada de un cordon imperial de laurel rosa.

Prendido Sultana favorita, reproducido con rosáceas de terciopelo púrpura y cascabelitos de oro.

A un lado plumas blancas escarchadas de oro.

Sucede á los sombreros lo que á las telas. Es menester atenerse á los modelos creados para el verano.

Entre estos modelos os recomiendo: el sombrero escocés, de paja belga, con bandó de flores de los campos. El Antonieta, cuya forma

enteramente nueva ha sido inventada por Alejandrina.

Digamos algo del corte y guarniciones de los trages.

Los volantes continúan en favor.

Algunas damas, sin embargo, prefieren la doble falda.

Las primeras tienen mas elegancia. Si se eligen las segundas es menester que la enagua de encima sea estremadamente ancha. Cuando oprime á la segunda queda muy mal.

Mme. Loviot, de quien tanto se ha hablado con ocasion de sus trages sin costuras, ha hecho vestidos de una esquisita elegancia para los baños y para las fiestas de Cherbourg. Hablaré de algunos.

El primero, de tarlatana rosa con cinco volantes. El corpiño plano y en punta. Encima se colocaba una especie de fichu-berta de tarlatana rosa, forrada de tul, y cubierta de colmenas de cintas de raso rosa.

Mangas cortas abofelladas, sobre las cuales flotaba una doble manga hendida, cortada en punta á la altura del codo, y orlada de cinta formando tambien una pequeña colmena.

Segundo vestido.

Tres enaguas de tul blanco. Cada una de ellas orlada de colmena de blonda atravesada por un ruló de raso blanco.

Las dos enaguas de encima se recogian al lado izquierdo por medio de un cordón de rosas y de pensamientos.

Corpiño plano. Berta haciendo buches, y sembrada de flores semejantes á las de las faldas.

Mangas odaliscas.

Ramos de flores en ambos hombros.

Tercer vestido.

Primera enagua de tafetan azul de Prusia. Segunda, de rayado menudo, con quillas de tafetan azul tegidas en la misma tela.

El corpiño alto, abotonado, y con cinco puntas orladas de flequillo azul de Prusia.

Mangas jockey con un enorme abofado al rededor del brazo, y rematando en adornos de cintas adecuadas á las quillas.

Los corpiños se hacen siempre muy adornados. Se atraviesan con flecos, con galones hechos espresamente, y con bellotitas de pasamanería.

Los trages que salen de los talleres de Mlle. Richards tienen siempre aquel sello de distincion y de gracia que revelan una mano hábil. Hablaré de algunos.

El primero, de muselina estampada con seis volantes en la enagua. El corpiño alto y redondo. Un ancho cinturón flotante, de tafetan blanco liso y orla chiné Pompadour, armo-

nizando con los colores del traje, se anudaba por delante.

Un fichu Luis XIII, de igual tela, se colocaba sobre el corpiño. Las mangas se comenian de un abofado y dos volantes.

El segundo era de barege inglés moda. Tenia dos enaguas. Montantes de cinta de tafetan verde adornaban la de encima.

El corpiño abotonado y en punta. Encima una especie de berta, redonda por detrás y por delante, formada por un ancho plegado de cinta, y por abajo un fleco verde y gris moda. Mangas lisas en forma de embudo, muy anchas por abajo, y orladas por un plegado de cinta verde.

MME. JULIETTE LORMEAU.

ESPLICACION DE LOS DOS FIGURINES QUE SE DAN EN ESTE NÚMERO.

PRIMERO N.º 113.

PRIMER FIGURIN.—Sombrero de paja de Italia adornado de azul y yerbas verdes: cabos muy largos de cinta ancha verde y azul. Toquilla de organdí con tres buches, rodeada de una pequeña guarnicion de lo mismo, bordada de punto de ojal y un lunarito: al talle cinturón de las mismas cintas del sombrero. Vestido de pelo de cabra con dos enaguas, estando adornada la segunda con una ancha trenza de cinta azul y verde: mangas largas guarnecidas de la misma trenza mas estrecha y un moño á la sangría del brazo: monillo fruncido y escotado con pretina estrecha. Manga blanca de organdí con un buche por abajo. Mitones negros.

SEGUNDO FIGURIN.—Vestido y levita larga de piqué inglés: el adorno de la levita es de galon de pasamanería y cairelitos: monillo alto abotonado con manga muy larga. Cuello de muselina bordado. Mangas blancas de muselina lisa con puño vuelto bordado. Guante de seda. Sombrero de gró rosa: á la izquierda, ramo de yerba mezclada de blonda güipure que cae sobre la copa: blonda al rededor del ala: á la derecha el mismo adorno por bajo del ala.

TERCER FIGURIN PARA NIÑO.—Sombrero pequeño de paja blanca de Italia, adornado con una pluma blanca rizada: debajo del ala blondas muy fruncidas mezcladas de pequeños lazos de cinta muy estrecha del mismo color que el cinturón, que será de cinta ancha esco-

cesa con moño y cabos largos cayendo á la izquierda. Collar de perlas. Vestido de muselina blanca con una tira doble y dos cabezillas de feston y lunares: monillo guarnecido al rededor: tirantes hasta el talle por delante y detrás: mangas con dos guarniciones. Botitas marron con botones.

SEGUNDO Nº 123.

PRIMER FIGURIN.—Vestido de gró gris claro salpicado de florecitas chiné lila, compuesto de dos enaguas: la segunda se rodea de una ancha cinta color de malva, suspendida y sujeta al lado por un moño con cabos largos de la misma cinta: monillo de escote cuadrado con modesta de buches y embutidos de encaje: manga compuesta de dos buches pequeños con un moño de cinta sobre el segundo, y un gran volante rodeado de cinta. Mangas de tul con buches de encaje igual á la modesta. Sombrero de paja de Italia adornado de flores lila y margaritas blancas: en el interior del ala guirnalda de las mismas flores á lo Emperatriz: cabos blancos. Sombrilla de gró malva cubierta de güipure con moño de cinta del mismo color. Guantes Richelieu. Botas de piel del color del vestido.

SEGUNDO FIGURIN.—Vestido de gró á cuadros color tabaco, con dos enaguas: la primera sin adorno y la segunda á los costados tableados de cinta marron: monillo sin faldas cerrado por el mismo tableado de la enagua. Manteleta de encaje negro guarnecida de un rico encaje de Chantilly. Sombrero de paja Belga adornado con espigas de trigo y cinta verde. Sombrilla de dicho color rodeada de un fleco. Botas de piel marron abotonadas al lado, con tacon á lo Luis XV.

TERCER FIGURIN PARA NIÑA.—Vestido de gró rosa con dos enaguas: la segunda abierta en forma de túnica rodeada de rizado de lo mismo: monillo escotado y con igual adorno, así como la toquilla que cruza y cae á la espalda. Manga blanca rizada de tarlatana. Modesta de muselina tableada. Pantalones bordados. Mitones negros. Botas marron claro.

ESPLICACION DE LA HOJA DE PATRONES Y BORDADOS.

N. 1 y 2 Toquilla María Antonieta: se borda al feston sobre muselina pudiendo hacerlo de tres modos diferentes: el

primero, no bordando mas que la orilla; el segundo, agregándole la guirnalda; y el tercero, bordándolo todo.—Este mismo patron puede servir para cortar la toquilla María Antonieta de tela igual á los vestidos.—El núm. 2 es la guarnicion, para las personas que quieran agregársela.

3 Pañuelo: al pasado, lunares y calados, los cuales están señalados con X.

4 Guarnicion: bordado ligero.

5 Esquina de pañuelo con las iniciales J. B.: al pasado.

6 Embutido: al pasado.

7 Id.: bordado ligero.

8 Id.: al pasado.

9 y 10 Cuello y mangas: bordado ligero.

11 á 17 Guarnicion estrecha para camisa, capillo, etc.: al pasado.

18 L. M. P. enlazadas: al pasado.

19 Antonia: id.

20 A. F.: id.

21 R. B.: id.

22 M. L.: id.

23 Julia: id.

24 C. L.: id. y lunares.

25 W. B.: id.

26 J. H.: id.

27 C. F.: id.

28 G. U. F.: feston y ojetes.

29 A. M.: al pasado.

30 Z. M.: id. y punto de armas.

31 P. D. enlazadas: al pasado.

32 B. L.: id.

33 Q. C. enlazadas: id.

34 V. N.: id.

35 M. D.: id.

36 Augusta: id.

37 A. A.: id.

CORSÉ PARA SEÑORA, NÚMEROS 1 Á 8.

1 Mitad de la espalda.

2 Costado.

3 Mitad del delantero.

4 á 8 Negas.

Escusamos toda explicacion, pues con solo unir las letras marcadas respectivamente queda armado el corsé. Las rayas indicadas en los números 1, 2 y 3 son para señalar el sitio que se abre para colocar las negas.

9 Dibujo para mantel de altar: al pasado con sobrepuestos de tul sobre batista.

- 10 Guarnicion para manga de un solo buche: al pasado.
- 11 y 12 Embutido: al pasado.
- 13 Esquina para pañuelo con las iniciales V. G.: al pasado, bordado ligero y feston.
- 14 Id. Gabriela: id. id. id.
- 15 Id. Aurora de la Lastra: al pasado y feston.
- 16 y 17 Id.: al pasado, bordado ligero y feston.
- 18 Id. C. P.: id. id.
- 19 Id. D. M.: feston.
- 20 Id. A. L.: al pasado.
- 21 Abecedario gótico: id.
- 22 Isabel Buhigas: id.
- 23 Juana de la Lastra: id.
- 24 Lorético: id.
- 25 Cayetana Rodriguez: id.
- 26 Amalia: id.
- 27 M. C. P. corona de Conde: id. y feston.
- 28 D. G.: id.
- 29 M. V. enlazadas: id.
- 30 J. V. id.: id.
- 31 E. M. id.: id.
- 32 E. V. J. id.: id.
- 33 L. W.: id.
- 34 A. C.: id.
- 35 A. C. ligadas: id.
- 36 Benito: id.
- 37 Enrique: id.

CORRESPONDENCIA.

Sr. Don A. R. M.: *La Roda*.—Suscrito por 3 meses desde 1º de Agosto. Los números publicados se le han remitido por el correo del 29 del pasado.

Sr. Don J. N. C.: *Granada*.—Suscrito por 3 meses desde 1º de Setiembre.

Sra. D^a R. P.: *Bembibre*.—Suscrita hasta fin de Diciembre.

Sr. Don N. S. y A.: *Alhama la Seca*.—El día 2 se le han remitido dos ejemplares del cuaderno de Agosto.

Sra. D^a L. T. de M.: *Palma de Mallorca*.—Se han recibido las libranzas para pago de su suscripcion hasta fin de Diciembre.

SUMARIO.—*El título DON ha sido siempre distintivo de nobleza?* por D. V. Joaquín Bartus.—*La poesía del hogar doméstico*, por la Sra. Doña María del Pilar Sinués de Marco.—*Nuevo manual de señoritas*.—*La modestia*, por D. José Selgas.—*La Primavera*, por D. José Selgas.—*Las siete virtudes capitales*, por Doña Robustiana Armiño de Cuesta.—*Escavaciones en Nápoles*.—

Música sagrada, por D. Antonio Fargas y Soler.—*Revista de Madrid*.—*Composiciones poéticas*, por varios autores.—*El caballero Jolyotte*, por D. Amadeo Achard.—*Teatro Principal*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Dos palabras de réplica al remitido inserto en El Guadalete del 27 del pasado*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Fiestas en Sanlúcar de Barrameda*, por D. Francisco Flores Arenas.—*Modas de París*, por Mme. Juliette Lormeau.—*Esplicacion de los dos figurines de modas de señoras*.—*Id. de la hoja doble de patrones y bordados*.—*Correspondencia*.—*Geroglífico*.

LAMINAS.—*Dos figurines de modas de señoras*.—*Dibujos de tapicería en colores*.—*Hoja doble de patrones y bordados*.

Solucion del geroglífico anterior.

Al hombre osado la fortuna le dá su mano.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1858.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

J,000  ci 2

no  n

1 am
